

# ¡y ahora qué!

Norah Carter  
Monika Hoff

 DOLCE  
BOOKS

*¡y ahora  
qué!*

*Norah Carter  
Monika Hoff*

 DOLCE  
BOOKS

Título: ¡Y ahora qué!

© 2017, Norah Carter, Monika Hoff

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Junio, 2017.

©DOLCE BOOKS

[dolcebookseditorial@gmail.com](mailto:dolcebookseditorial@gmail.com)

Imagen: Cedida por Ana Reyes

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

# ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[EPÍLOGO](#)



## *Capítulo 1*

¿Despedida de mi trabajo? Pues... ¡Ellos se lo pierden!, a cobrar dos años el paro y a que me mantengan mis padres. Paso de agobiarme, total, mi cuerpo necesita también relax. Firmé todos los papeles y me dirigí a mi casa contenta de la vida.

— Cariño, ¿qué haces aquí tan temprano? – preguntó mi madre preocupada.

— Me han despedido... ¡Que les jodan!

— Bueno, no te preocupes, seguro que te sale otro trabajo pronto.

— Mamá, tengo dos años de paro, me los voy a chupar.

— Aitana... ¿Y después? Es mejor que busques poco a poco otro.

— Mamá, no empieces, quiero vivir un poco, tantas responsabilidades no son buenas.

— Pero hija...

—¡Pero nada! No empieces a rallarme, mamá, quiero al menos unos meses de relax.

— Está bien... — dijo preocupada poniéndome un café sobre la mesa.

Mi madre sabía de sobra que yo era un pelín floja, pero claro, me lo habían puesto todo por delante siempre. Mi padre siempre andaba de viajes de negocios, tenía una buena posición y ella, en cambio, se quedó siempre encargada del hogar y de mí, su única hija. Por decirlo en dos palabras, me habían malcriado.

— Ya sabes que papá te puede colocar en su empresa.

—¡Ni de coña! Mamá, no, ni escuchar eso quiero.

— Bueno, está bien, tómate un tiempo y luego decides qué hacer.

— Vivir, es principio de verano, lo primero... ¡Tomármelo a la bartola!

Mi madre se puso a fregar los platos, evidentemente no quería discutir, yo tampoco, lo tenía claro, quería disfrutar un poco, ahora, sin responsabilidades.

Mi móvil sonó mientras desayunaba, era un mensaje en el grupo de mis dos mejores amigas, Lenca y Claudia.

*Lenca.*

*“Hola, capullas, me he comprado al final el coche, a partir de ahora me prostituiré para pagarlo.”*

Solté una carcajada, mi madre se volvió y me miró extrañada, le señalé al móvil y comprendió que algo había leído, así que contesté a mi amiga.

*Yo.*

*“Si te pagan bien, avísame, me he quedado en el paro, jajaja.”*

*Claudia.*

*“Hola, chicas, siento que te hayas quedado en el paro, aunque conociéndote, seguro que estás hasta contenta. ¡So’ floja! Muy bien por el coche, Lenca, ya nos llevarás el viernes a estrenarlo. Lo de Puta... digo lo mismo que Aitana, si te pagan bien, avisa, jejeje.”*

*Lenca.*

*“Desde luego, qué rápido os apuntáis a abriros de piernas, jajaja.”*

*Claudia.*

*“Joder, tenemos 30 tacos, si no abrimos las piernas ahora... ¿Para cuándo?”*

*Yo.*

*“Estoy con ella, así es, además, somos las mosqueteras, si una es puta, todas lo somos, si una es santa, las demás... ¡Nos lo pensamos!”*

Solté otra carcajada, la cara de mi madre era un poema, lo de mi despido le había sentado como dos patadas en los ovarios, pero yo... ¡No me pensaba preocupar!

Después del desayuno, me cambié de ropa y me fui a buscar a Eneko, otro gran amigo, trabajaba en un chiringuito de tapeo y copas en la playa, bueno, realmente era el dueño, los demás sus empleados. Eneko y yo éramos como dos hermanos, él era precioso, tenía también mi edad, además de un novio llamado Kike que estaba igual de bueno y guapo que él, en este caso, su pareja trabajaba de encargado en una cadena de supermercados.

— Hola, putona – solté al verlo.

— Hombre, mi niña favorita – dijo saltando la barra y dándome un abrazo.

— Me han despedido del trabajo y vengo a celebrarlo – me encogí de hombros.

— ¡Eres un caso! – me soltó una torta en el cabeza – Va... ¿Qué quieres tomar?

— A ti, pero como no te vas a dejar, ponme una cerveza bien fría – le saqué la lengua.

— No, mejor te voy a poner un buen vino, me tomo uno contigo, más tarde te invito a una paella que están haciendo y que te aseguro que va



a ser la mejor que te hayas comido en tu vida.

— Te recuerdo que mi madre las hace de muerte – hice una mueca—. Pero bueno, que la acepto – guiñé mi ojo.

Me senté en la barra, él ya estaba dentro preparando mi copa y la suya, el día estaba perfecto, en cualquier momento me iría al agua a darme un bañito.

— Lenca se ha comprado un coche.

—¿No me digas? ¡Menos mal! – levantó sus manos, moviéndolas.

—¡Sí! Ahora dice que se va a meter a puta para pagarlo.

—¿Y tú te lo crees?

— Claro que no, fijo que lo ha pagado al canto, esa, de los mil doscientos que cobra al mes en la tienda, ahorra ochocientos – solté una carcajada.

— Por eso, si me lo dices de ti y de Claudia, pues seguro que os tenéis que prostituir porque os lo gastáis todo, sois unas ruinas.

— Desde luego, hijo, tú siempre igual, nosotras no somos gastosas, solo que somos caprichosas.

— Tenéis un morro que os lo pisáis – sonrió negando con la cabeza, acercando mi copa.

— Escucha, que nunca te hemos pedido nada, que gastamos, pero llegamos a fin de mes.

— A fin de mes llegáis aquí, ese fin de semana nunca falláis, como sabéis que no os voy a cobrar... – rio.

— No hombre, es por recordarte que nos acordamos de ti – solté muerta de risa.

— Sí, ya...

— Y hablando de todo... ¿Cuándo coge vacaciones Kike?

— Dentro de una semana, todo el mes de Julio.

— ¡Qué bueno!

— Sí, pero bueno, que lo pasaremos metidos en este chiringuito, yo no puedo en Julio parar ni de broma, no damos abasto.

— Ya, pero bueno, al menos estáis juntos.

— ¿Quieres venirte a currar el verano?

— ¡Ni muerta! Voy a cobrar un finiquito de dos años, más el sueldo y encima tengo paro, vivo en casa de mis padres y no pago nada... — me acordé de mi madre que si se hubiera enterado que había

renunciado a un trabajo, le daba un jamacuco.

—¿Lo ves? Eres una descarada que no quieres hacer ni el huevo.

— Efectivamente. ¿Es eso asesinato o ilegal? – solté una risa picara.

— No, hija, rásquese sus partes... — negaba con la cabeza, incrédulo por ver que yo no cambiaba.

— Eneko, lo único que en verano se gasta más. En vez venir los fines de semana de final de mes, voy a venir los dos últimos fines de semana – evite reír para ver qué me soltaba.

— Claro, como si quieres venir los cuatro, te quiero tanto que encima te lo permito – cogió mi mano y la besó.

—¡Eres un sol!

— Y tú una descarada – nos echamos a reír.

El rioja estaba de muerte, ese que entra de lujo y luego te manda a la cama, pero era mi día, tenía que celebrar mi despido, qué alegría me había dado que lo hicieran a principios de verano, me había venido de maravilla.

La playa estaba llena de gente, pero no a rebosar como los fines de semana, se estaba genial, la música acompañaba a conseguir que el momento fuera perfecto.

Me puse a charlar todo el tiempo con él, luego salió y nos sentamos en la terraza que había en la arena y nos comimos una deliciosa paella, acompañada de un poco de pescado frito.

Más tarde me fui al agua y me di un baño, luego me tiré en las hamacas del chiringuito y me sentí la mujer más feliz del mundo sin obligaciones.

Estuve hasta que cayó el sol, tenía todo el tiempo del mundo, así que lo empezaba a aprovechar.

Cuando llegué a mi casa, ya tenía mi madre preparada la cena, mi padre había acabado de llegar y nos sentamos los tres.

— Me ha dicho tu madre que te han despedido.

— Sí, no me lo esperaba, pero me ha venido genial, necesitaba un relax de esa tienda, me tenían estresada – puse cara de pena.

— Bueno, te tomas el verano de relax y ya luego buscas algo – dijo con resignación.

— Sí, claro – dentro de dos años, pensé y evité reír.

Tras la cena me fui a la cama, quité la alarma del móvil y del despertador de la mesita de noche y me quedé dormida escuchando una cadena de radio.

Por la mañana me desperté a las diez, bajé a desayunar y mi madre me

abrazó sonriendo, era la mejor madre del mundo, al menos para mí, siempre preocupada de nosotros y pendiente a tenernos todo en la mesa. Pero claro, tampoco era nuestra esclava, pero no había manera de que nos dejara colaborar y yo, como era muy floja, en el fondo me venía como anillo al dedo.

Recogí mi cuarto y volví al chiringuito de Eneko.

— Hola, petarda. ¿Te voy a tener que mantener todos los días? – bromeó.

— No, hoy vengo con intención de pagar, ponme un vaso de agua – solté una carcajada.

— Sí, agua – negó con la cabeza mientras sacaba un botellín de cerveza y me la ponía delante.

Ummm, estaba riquísima tan fresquita, me giré mientras la bebía para mirar al mar.

—¡Perdón! – ya era demasiado tarde, había manchado a ese chico toda la camiseta.

— No pasa nada – dijo sonriendo mientras se movía la camiseta.

— Qué patosa eres – soltó Eneko negando con la cabeza, riendo –. Mira que manchar a uno de mis mejores clientes, el Señor letrado Denis.

—¿Denis? ¡Bonito nombre! – dije improvisando la vergüenza por la

situación.

— Nada, se soluciona rápido, ponme una cerveza como la de.... – me señaló con su mano.

— Aitana, me llamo Aitana – dije con voz suave y lenta, cortada ante ese pedazo de hombre, que estaba para tirarle la cerveza entera y dejarlo en bolas.

— Pues una como la de Aitana y se la cobras a ella – guiñó su ojo a Eneko.

— Hombre, abogado tenía que ser, pronto soluciona el problema... – solté una carcajada.

— Bueno, a no ser que me digas que eres juez – se encogió de brazos.

— No, soy la Doctora Aitana – largué mi mano para estrechársela y darme un aire también importante, Eneko me miraba incrédulo y le respondí con otra mirada advirtiéndole que, si abría la boca, perdía los dientes.

—¡Qué bueno, una doctora! – dijo en voz alegre — ¿En qué hospital trabajas?

— Para contarte eso me tienes que pagar la comida hoy y todo lo que me beba – solté descaradamente.

—¡Hecho!

— Vale, pues antes de irme te lo digo. Por cierto, ¿no estás trabajando?  
— miré el reloj, pues apenas eran la una del jueves.

— Me escapé hace media hora, necesitaba desconectar hoy, iba a llegar al viernes como una olla exprés por la presión, así que hasta mañana no curro... — se encogió de brazo.

— Por cierto, Aitana... ¿Sabes que Denis es el dueño del despacho más importante de todo Cádiz?

—¡No me digas! Esto mi madre lo llamaría un chollo de hombre — volví a soltar otra carcajada.

— Me encantaría conocer a su madre — dijo Denis a Eneko, bromeando.

— Para eso me tienes que invitar a un crucero... — dije muerta de risa.

— Joder con la doctora, me va a salir muy cara.

La cara de Eneko era un poema, sabía que le había mentado como una bellaca, pero allí estaba yo más feliz que una perdiz.

— ¿Y tú no estás trabajando?

— Qué va, Denis, hoy empecé mis vacaciones, no vuelvo hasta agosto.

— ¡Qué buenas vacaciones!

— Por eso lo del crucero...

— Ya te entiendo...

— Lo que pasa que es como si las hubiera cogido ayer – intervino Eneko –, ya que se escapó muy rápido del trabajo.

Lo quise matar.

— No, solo que me debían unas horas y me las cobré – hice una mueca.

Denis era muy divertido, se pasó todo el día con nosotros, comiendo y tomando cervezas, me contó un montón de cosas de su vida. Vivía en un piso arriba del chiringuito, un pedazo de piso frente al mar, solo, desde hacía dos años que se lo compró, tenía 35, eso lo hacía más interesante.

Él se pensaba que yo también vivía sola y que era médico, solo de pensarlo se me escapaba alguna risa.

Quedamos en vernos a la hora de la comida al día siguiente allí, por supuesto le dije que trabajaba en el hospital principal de la ciudad, con la de gente que había allí, como para encontrarme.



Llegué a casa ilusionada y feliz por la cita del día siguiente, antes amenacé a Eneko que como le contara la verdad, lo mataba.



## *Capítulo 2*

— Despierta, vaga.

— No quiero — resoplé y metí la cabeza debajo de la almohada.

— Joder, mueve el culo.

Le di una patada a la pesada de mi amiga a ver si así dejaba de molestarme.

— Déjame que es temprano — me quejé.

— Temprano para los que hibernan como tú — me quitó la almohada de encima de la cabeza y me golpeó con ella — ¡Serás vaga!

Me levanté de la cama de un salto, con una mala hostia.

— ¡¿Pero qué quieres?!

— Que hagas algo por la vida.

Miré a Claudia con ganas de asesinarla.

— Ya lo hago, respirar y soportarte a ti, ¿te parece poco? ¡¿Y por qué estás tú aquí?!

— Porque si no vengo a levantarte de esa cama, te pasas el día ahí.

— ¿Y dónde está el problema? No tengo nada que hacer — me di la vuelta y salí de la habitación, necesitaba un café— ¿Dónde está mi madre? Espera, ¿qué hora es? — pregunté al ver la cocina recogida y mi comida en un plato. En mi casa se comía temprano, pero eso ya era exagerar.

— Casi las tres de la tarde. Tu madre fue a andar — ya, eso ya lo había deducido yo al decirme la hora, siempre lo hacía después de comer.

— Mierda, se me pegaron las sábanas — dije sin mostrar ningún tipo de culpabilidad mientras me servía una taza de café.

— Más que pegar, yo diría que ya forman parte de tu piel — miré, de nuevo, malamente a Claudia.

— ¿Qué haces aquí y qué quieres? — pregunté de malas maneras.

— Estoy harta de llamarte al móvil y no contestas.

— Será porque está apagado o simplemente no te lo quiero coger — me senté a la mesa de la cocina, qué bueno estaba el café...

— Por eso mismo estoy aquí. Tengo la tarde libre, vamos a comer fuera.

— ¿A esta hora? — pregunté con cara de horror, para mí era como las 7 de la mañana, pensaba en comida y se me revolvía el estómago.

— Seguro que Eneko nos prepara algo rápido. Venga, arréglate.

Jaló de mi brazo y yo, que aún estaba medio dormida, no pude controlar cómo me derramaba media taza de café caliente encima.

Solté una ristra de improperios mientras chillaba y me acordaba de toda la familia de mi amiga, sus antepasados al completo. Ella me miraba con los brazos cruzados y las cejas elevadas.

— ¿Terminaste? — preguntó cuando me callé.

— Y en tu puta madre — dije con rabia— Ya sí — suspiré más tranquila.

— Mejor, date prisa que tengo hambre.

— Tú te propusiste fastidiarme el día, ¿verdad?

— No, hoy va a ser un gran día, ya lo verás — sonrió.

Ahora sí que tenía ganas de degollarla, no tanto por alterar mi paz como por ser tan happy flower a esas horas tan tempranas.

Pero tomarme un vinito o algo más no me vendría mal, así que corrí a la habitación a arreglarme.

— Bueno, bueno, bueno... Pero si tenemos aquí a la Doctora.

Me senté a la barra y miré a Eneko con ganas de asesinarlo también a él, aún no se me había quitado la mala leche y no lo haría hasta que no comiera. O me emborrachara, eso no lo puedo asegurar tan rápidamente.

— ¿Doctora en qué? En todo caso sería veterinaria, para curar a los perezosos de su especie.

Le di un cate en la cabeza a Claudia mientras se sentaba a mi lado, por idiota.

— Auch — se quejó—. ¿Y eso de doctora a qué viene? — preguntó mirando a Eneko.

— La vaga esta, que ayer conoció a un guaperas, ya sabes, un abogado con un culo que... Joder, que me pierdo — dijo con ojos de enamorado y yo puse los míos en blanco— La cosa es que no se le ocurrió decir otra cosa que ella era médico.

— Esta tía está fatal — rio mi amiga.

— Estoy aquí — les recordé.

— Eso no es lo peor, es que encima a él le encantó la idea — siguió mi amigo.

— Normal, creería que es inteligente y todo. Mierda, deja de pegarme  
— se quejó cuando volví a darle en la cabeza.

— Pues deja de hablar como si no estuvieras.

— Si no estás. Despierta al menos — me observó matarla con la mirada y suspiró—. Venga, cuéntame. ¿Quién es él?

— Denis — respondió Eneko por mí— Un abogado bastante bueno. Con un culo...

— Culo que no será tuyo, no antes de que yo lo cate — sonreí.

— No vas a catar mucho cuando descubra que eres una vaga sin oficio ni beneficio — intervino Claudia.

— Eso no lo tiene que saber hasta después de tirármelo. Además, beneficio sí tengo, cobro el paro.

— ¿Y vas a mantener por mucho tiempo la mentira? — preguntó ella de nuevo.

— No — me reí— , solo fue una broma, se lo diré la próxima vez que lo vea — y una mierda, no pensaba hacer eso, pero a ver si así se callaban.

Los dos me miraron como si no se creyeran una sola palabra de lo que decía y era normal. No es que fuera una mentirosa, pero sí que, a veces, no cumplía la mayoría de las cosas que decía. Por buenas razones, eso sí.

— ¿Una cerveza? — preguntó Eneko cuando ya nos la ponía por delante.

— Y algo de comer, por favor. Estoy hambrienta — le agradecí.

— Normal, es lo que tiene hibernar.

Y con ese comentario, mi amiga del alma se ganó como premio otro cosqui. Varias tapas después y pensando que en algún momento iba a reventar después de todo lo que había comido, escuchamos unos gritos en el restaurante. Girando nuestros cuerpos en los taburetes, vimos cómo alguien chillaba mientras se acercaba a un hombre que no paraba de golpear la mesa.

— ¡Ayuda! ¡Se ahoga! ¡¡¡Un médico!!!

Todo el mundo miraba, pero nadie se movía.

— ¡Ella es médico!

Todos miramos hacia la voz y casi me muero al ver que era Denis. Eso y que su dedo apuntaba directamente a mí.

Todo se volvió un caos. El abogado llegó a mi lado en milésimas de segundos y cuando me quise dar cuenta, ya estaba al lado del pobre moribundo sin saber qué hacer. ¿Sería un error si salía corriendo de allí?

Joder, ¿pero en qué lío me había metido por bocazas?

— Aitana, por Dios, ¡haz algo! — dijo Denis.

Matarte, por ejemplo, pensé.

Pero joder, yo era quien me había metido en ese lío. ¿Cómo iba a salir ahora?

Entre Denis y yo levantamos al hombre de la silla e hice lo que vi miles de veces en la televisión. Esperaba que saliera bien porque yo de primeros auxilios sabía lo mismo que de trabajar. Cuanto menos, mejor.

Con mis brazos alrededor de su barriga cervecera, que no podía ni abarcarla entera, empecé a apretar, pero ese hombre cada vez estaba más morado. Con el puño cerrado, golpeé en varios sitios de su pecho (ya os digo yo que jamás intentéis hacer esto, llamad a un profesional) y, gracias a una divinidad superior que no me odiaría tanto, el hombre escupió el hueso de la aceituna.

Cuando lo vi vivo, mis piernas fallaron y casi caigo al suelo. Denis me ayudó a sentarme y mis amigos vinieron rápidamente a mi lado.

— Dios, ¿estás bien? — preguntó Claudia con cara de horror.

— Es una heroína — dijo el abogado con orgullo.

¿Heroína? ¿Pero a ese hombre se le iba la cabeza? ¿No había visto cómo temblaba? Claro que el muy inocente de verdad se había creído que yo era doctora. Tenía que decirle la verdad, podía haber ocurrido una desgracia si ese hombre se hubiera ahogado.

— La mejor — dijo antes de estamparme un beso de tornillo en la



boca.

Cuando se separó, me quedé boqueando como un pez.

— Tengo que irme, pero te veo mañana aquí, ¿desayunamos juntos?

— me guiñó un ojo.

— Cla... Claro — tartamudeé.

¿Qué iba a contestarle si ni siquiera era capaz de razonar? No controlaba el tembleque de mi cuerpo, como para controlar el cerebro.

Con una enorme sonrisa, se marchó y yo seguí con mi cara de gilipollas perpetua.

— ¿Pero en qué lío te has metido, alma de cántaro? — gimió Eneko.  
Eso mismo me preguntaba yo, aun boqueando. Esa vez la había liado, pero bien.



## Capítulo 3

¿A desayunar? Si normalmente me despertaba con el estómago cerrado, ese día es que ni estómago tenía. No tenía nada que ver el lote de beber que me di el día anterior con mis amigas, porque desde el momento en el que Lena llegó y Claudia e Eneko lo contaron mi “heroica” actuación, comencé a beber como una loca para menguar la vergüenza. Como decía, eso no tenía nada que ver, la borrachera no era la culpable de lo mal que estaba mi estómago.

Toda la culpa era del abogado.

Ese abogado que estaba para mojar pan, eso seguro. Y en el lío en el que, sin saberlo, me había metido. ¡Y encima el loco creía que yo era una heroína! Pobre de él si se enteraba de la verdad...

Tiré el vestido que tenía en las manos sobre la cama y cogí otro del ropero. No sabía qué ponerme, ni siquiera debería de ir a la cita. Miedo me daba de lo que el Karma me pudiera tener preparado. A ese paso me veía teniendo que operar a alguien a corazón abierto allí mismo.

Aguanté las arcadas cuando la imagen se formó en mi mente y me puse el vestido vaquero. A la mierda si me señalaba demasiado mis curvas, como si eso me preocupase algo en ese momento.

— Buenos días, ¿estás bien?

— Sí — me acerqué a mi madre y le di un cariñoso beso en la mejilla

— ¿Y papá?

— Trabajando, como siempre. ¿Un café?

— Sí, gracias. Debería de tomarse algún día libre — me senté esperando mi café.

— A estas alturas ya no hay quien le haga entender eso. ¿Pero de verdad estás bien? — volvió a preguntar al dejarme la taza delante.

La miré y vi su cara de preocupación.

— Que sí, ¿tengo mala cara o qué?

— Un poco de ojeras, pero nada importante.

Eso no se le decía a alguien que tenía una cita poco tiempo después. Sé que mi madre no lo sabía, pero... ¡Eso nunca se decía!

Me levanté de un salto y me acerqué al espejo que había en la entrada. Gemí al ver las ojeras, el maquillaje no había tapado todo el círculo negro de debajo de mis ojos. Joder... Resoplé y volví a tomar asiento, habría que vivir con ello.

— Empiezo a creer que las tengo de nacimiento, no sé por qué sueñas tan preocupada — era mi manera de no preocuparme.

— Te levantaste temprano.

- Joder, mamá — suspiré—. No es la primera vez que lo hago.
- Sí sin que necesites que te eche un cubo de agua encima — la miré con mi típica mirada de asesina y se rio— ¿Vas a buscar trabajo? — preguntó emocionada.
- ¿Por qué debería de hacer eso?
- ¿Por qué estás en el paro? — sonó desquiciada.
- Pues como la mitad del país, a chupar del bote — me encogí de hombros.
- Así va España — resopló—. Pero la culpa no es de la juventud, es nuestra.
- ¿De los viejos? Ay, ¡que duele! — dije cuando su mano se estrelló contra mi nuca.
- Poco te hice — puso esa mirada de odio tan parecida a la mía—. De los adultos querrás decir. Os hemos dado todo demasiado mascadito. Y así estáis, unos malcriados.
- No tiene nada de malo tomarse un tiempo de descanso y disfrutar del dinero de las arcas del Estado.
- Dios, eres imposible — me quitó la taza de café de las manos sin que ni siquiera me lo hubiera terminado— ¿Entonces adónde vas?

Tenía que mentirle porque, ¿qué iba a decirle?

— Pues tengo una cita con un desconocido que se llama Denis, solo sé de él que es abogado y que él cree que yo soy médico, algo que es un detalle sin importancia en toda esta historia si contamos con que ayer le salvé la vida a un pobre hombre que casi muere ahogado con el hueso de una aceituna — le solté a bocajarro.

Si vierais la cara de mi madre en ese momento... No se había creído nada.

— ¿Por qué no escribes una novela? Porque imaginación tienes — dijo rodando los ojos.

— Sí, veo demasiadas películas americanas — sonreí y me levanté—. Voy a desayunar con las chicas.

— Eso ya es más creíble.

Le di otro beso y salí de casa riéndome. Al final le había mentado, pero que conste que antes le había dicho la verdad, solo que ella no me había creído. Tampoco pasaba nada, yo a ese hombre iba a verlo poco, lo suficiente, si podía, para poder tener sexo con él, nada más. Nunca se lo iba a presentar a mis padres ni nada por el estilo así que...

Me encogí de hombros, culpas fuera. Solo una mentira piadosa, nada más.

Cuando llegué, Denis ya estaba allí. Eneko me señaló la mesa donde se encontraba y miró al cielo pidiendo ayuda. Sí, todos mis amigos eran algo dramáticos, menos mal que yo era la más normal...

Y madre del amor hermoso cómo estaba ese hombre... Para comérselo. Ya me había entrado el hambre de repente.

— Buenos días — dije bajito cuando me acerqué a él.

— Hola — se levantó de golpe y vino a darme dos besos—. Estás preciosa — dijo mirándome de arriba abajo.

— Gracias — me sonrojé.

— Pensé que no vendrías — nos sentamos uno frente al otro y lo miré con curiosidad.

— No pensaba hacerlo — mentí— , pero después pensé en qué pena de ti si no aparecía y te dejaba tirado. No soy tan mala — bromeé. Pedimos el desayuno para ambos.

— Seguro que a más de uno se lo has hecho.

— ¿El qué?

— Dejarlos esperando.

— Lo dices como si tuviera una lista de pretendientes enorme.

— ¿Y no es así?

— Noooo — respondí incrédula, ¿pero ese hombre me veía bien? A ver, no era fea, tampoco guapa. Era normal. Y no estaba gorda,

tampoco delgada. Estaba normal.

— Entonces son más imbéciles de lo que pensé — y me regaló una media sonrisa que casi me derrite allí mismo, menos mal que el camarero apareció con la comida.

— Señor Letrado, creo que necesita gafas — reí, pero estaba más que encantada con los piropos— ¿No trabajas hoy? — pregunté en un intento de llevar el tema a algo más seguro.

— No, los fines de semana los tengo libres. ¿Y tú, no tienes guardia o algo de eso? — preguntó curioso.

Mierda, hasta ahí mis deseos de llevar el tema a algo seguro...

— ¿Yo? Bueno, es que ahora estoy de vacaciones. Las necesitaba.

— Imagino, debe ser un trabajo bastante duro — asentí con la cabeza, dándole a entender que sí— . ¿Qué especialidad?

— ¿Especialidad? — pregunté como idiota. Y menos mal que contestó rápido, porque para mí, la palabra especialidad iba unida a pescadito frito.

— El doctorado, en qué especialidad te graduaste.

— Ah... — le di un enorme sorbo al café mientras esperaba que mi mente me iluminara— Psiquiatría, soy psiquiatra — lo dije tan segura que hasta yo me lo creí. Y yo de psiquiatra, lo que tenía, era que debía



de ser la paciente en vez de la doctora. Así que no mentía tanto, ¿no?

— Psiquiatría, wow...

— Sí, wow — dije en el mismo tono que él—. Me gustan las mentes — dementes, como la mía, pensé.

— Al menos eso te deja un horario de trabajo normal.

— Sí, eso es lo único bueno de este trabajo — concordé—. Eso y de todas las historias que te enteras, hay cada loco por ahí — dije con cara de asustada— Pero qué te voy a contar a ti, con tu trabajo verás de todo.

— Sí, pero me gusta.

— ¿Defender a gente culpable?

— No siempre es así, nadie es culpable hasta que se demuestra lo contrario.

— Eso está muy bien como dicho, pero en la vida real... ¿Has defendido a alguien sabiendo que era culpable?

— No es mi trabajo juzgar, solo defender y, si sé que será condenado o perderá el caso, que lo haga con el mínimo número de consecuencias.

— ¿Mente fría? — pregunté al ver cómo se convertía en el letrado que era.

— Bastante — me guiñó el ojo.

— Espero que no seas frío en todo — dije entre dientes, esperando que no me hubiera escuchado. A veces no podía controlar mi lengua.

Pero el pobre chico se atragantó con su café, se limpió los labios con la servilleta y me miró sonriendo, sus ojos brillantes también por la risa.

— No, quizás algún día te demuestre que no... — dijo con voz seductora.

No me atraganté, pero sí quise que la tierra me tragase cuando mi cara se puso roja como un tomate. Ese tono de voz... Mierda, ¿sería el mismo que usaría cuando estaba en la cama, volviendo loca a su pareja con esa boca que...? No, mejor no pensar en otra, pero imaginarme yo debajo de él, como que tampoco. Dios, qué calor, pensé antes de abanicarme con las manos.

— ¿Otro café? — preguntó riendo, sería por mi cara, seguro. Con expresión de espanto o de orgasmo; prefería no saberlo

— Mejor una cerveza — gemí— Doble, por favor.

Denis rio a carcajadas y yo lo seguí. Por la vergüenza, más que nada.

— Creo que nos vamos a llevar muy bien, Aitana — dijo cuándo se dejó de reír— Dos cervezas — dijo a Eneko que nos miraba desde la barra.

— Recién desayunados y ya vamos a empezar a darle a las birras —

negué mientras reía.

— ¿Tienes algo mejor que hacer?

— No...

— Pues eso, el sábado es nuestro...

— Vale – me encogí de hombros, la verdad era que no tenía nada mejor que hacer que pasar el día con ese letrado, aunque conociendo a mis amigas, aparecerían en cualquier momento.

— ¿Sabes que eres preciosa?

— ¿Me estas tirando los tejos? – puse la mirada de ojiprietos.

— ¿Te gustaría? – hizo un gesto de interesante.

— No hablo sin presencia de mi abogado – bromeé.

— ¿Y quién es ese abogado colega mío? Podría hacer que viniese.

— Ni que fueras el rey...

— Bueno, lo mismo es un buen compi y lo convoco para que te haga responder.

— No te pienso decir el nombre – me encogí nuevamente de hombros.

— Seguro que no tienes abogado, no creo que te haya hecho falta

ninguno por ahora...

— ¿Por ahora? ¡Qué mal ha sonado eso!

— Lo mismo nos casamos y te pido luego el divorcio...

— ¿Yo casarme? ¡Eso no va conmigo!

— Eso es porque no has conocido al hombre adecuado – dijo señalándose a el mismo.

— Eso es que no creo en los curas, ni en la iglesia...

— Siempre nos podemos casar por el juzgado – se encogió de hombros y dio un trago a la cerveza.

— Calla, calla, que me estas acojonando.

— Tranquila, solo medio bromeaba – dijo acariciando mi mano.

— ¿Medio? – bebí la cerveza de un trago — ¡¡¡Eneko!!! – señalé al botellín para que me trajese otro, Denis no paraba de reír.

— Eres muy chillona, ¿no?

— Buenooooo... ¡No lo sabes bien! Ya te digo que soy una especie rara y en extinción.

— Esos ejemplares son los más valiosos...

— Ya... Por cierto. ¿Cómo que no tienes novia?

— ¿Y por qué debería de tenerla?

— Abogado, guapo, joven, forrado... ¡Eres una joya!

— Pues mira, aún no llegó quien conquistara mi corazón, hasta ahora... lo mismo las cosas están empezando a cambiar...

— ¿Ah, sí? ¡Suerte la de ella! – ignoré que lo decía por mí, me gustaba jugar, pero si yo era la que había llegado, en menudo lio me había metido. Psiquiatra... ¡Quién me mandaría a mí!

— Sí, mucha suerte, espero que se dé cuenta – me guiñó el ojo. Eneko se acercó con tres cervezas y se sentó con nosotros.

— Bueno, mis grandes chicos, brindemos por la vida, por lo bien que os veo al señor Letrado y la Doctora más linda del mundo mundial – dijo Eneko sonriéndome pícaramente.

— Y por el mejor chef del mundo mundial – irrumpí.

— No soy chef, Aitana – sonrió maléficamente –, no me gusta adjudicarme títulos que no poseo – fue directo a la yugular—, solo soy el jefe de este precioso chiringuito.

— Y yo me cago en todas tus castas – sonreí.

— ¿A qué ha venido eso? – preguntó Denis muerto de risa por mi contestación.

— Nada, que a ella le encanta terminar las conversaciones de esa

forma.

— ¿En serio?

— Pues claro, si no lo mando a freír espárragos, me cago en sus castas... cosas mías, debe afectarme mucho mi trabajo – hice una mueca de “te jodes” a Eneko.

— A mí aun no me mandaste. ¿Eso es bueno o malo?

— Pronto lo descubrirás – sonreí irónicamente.

— Van a empezar a hacer otra paella, ayer agotamos 3 paelleras, joder, parecen chinos todos con el arroz – rio Eneko mientras lo decía, orgulloso de la buena aceptación que tenía el lugar en cuestión gastronómica.

— Chinos dice... Dale gracias a Dios que el ser humano se ha vuelto muy exquisito, pues a la playa se debería de venir con el bocata, como toda la vida.

— Sí, le doy gracias a Dios porque los doctores y esas cosas vengan a mi restaurante, en vez de que estéis comiendo el bocata en la playa, aunque no sé yo si me vendría mejor que vinieras con uno de esos panes y embutidos – rio haciéndome entender que como yo no pagaba, lo mismo lo del bocata le venía bien.

— Parecéis que habláis en clave – intervino Denis descojonado.

— Sí, mejor que no te enteres, nos estamos mandando a la mierda con

disimulo, vamos, en resumen – miré a Eneko en plan graciosa. —  
¡Quiero otra cerveza! – solté descaradamente.

— Pues ve tú con el coño – respondió Eneko bajo mi asombro y el de Denis.

— Pues claro, si voy yo, mis partes no la pienso dejar en la mesa. ¡Ya quisierais! – dije mientras iba a la barra a pillar unas birras más.

Mientras andaba, aguantaba por no soltar una carcajada, mira que me gustaba Denis, pero haber como desliaba toda esa farsa, se lo debía de decir ya...  
¡Pero ya! Cogí las tres cervezas y volví a la barra.

— Vengo a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad – dije poniendo las cervezas sobre la mesa y sentándome. La cara de Eneko era un poema.

— Adelante, estoy deseoso de escucharla – dijo Denis.

— ¡No soy doctora! – hice una mueca a Eneko.

— Vaya... ¿Enfermera? – preguntó encogiendo los hombros y mirando a Eneko.

— No... — negó mi amigo con la cabeza.

— Va, hace tres días que me despidieron de mi trabajo, ahora me voy a dedicar a vivir el verano y cobrar el paro – solté una risa.

— Lo siento...

— ¡No! No sabes lo contenta que estoy.

— Entonces, me alegro. Brindemos por tu alegría— Denis levantó la cerveza muerto de risa.

Levanté yo la mía. Al girarme pude comprobar que Eneko iba hacia la barra, descojonado.

— Ese siempre está igual – dije para quitar hierro al asunto.

— Sabía yo que no eras doctora, por eso la broma con aquel hombre que se iba ahogando – se encogió de hombros.

— ¿¿¿En serio??? ¡Lo mato! – dije mirando a Eneko que se encogía de brazos desde la barra.

— No lo mates, te quiere mucho...

— Sí, claro, el chivato ese... — lo miré de forma asesina.

— Chica, le gustas por cómo eres, no por lo que eres – gritó Denis.

— En eso tiene razón tu amigo.

— Sí, claro. ¿Eres su abogado? No paras de defenderlo.

— Si quieres, también soy el tuyo... — me guiñó el ojo.

— ¡Quita, quita! Sois unos careros... Además, yo no me meto en



problemas – dije chulescamente.

— Eso me parece genial.

— ¡Aquí tenéis una deliciosa paella! – Eneko nos puso dos platos hasta arriba.

— ¡Chivato!

— Come y calla – se fue riendo.

Pasé el día en el chiringuito con Denis, mis amigas se fueron a otra playa, yo les dije que ya las llamaría, pero evidentemente no me quería quitar de al lado de ese hombre.

Luego me acompañó a casa, nos despedimos quedando en que me recogería al día siguiente a las doce, íbamos a pasar el domingo por ahí.





## *Capítulo 4*

- Mamá, buenos días – le apreté fuerte, con mis labios en su frente.
- Buenos días, mi vida – dijo poniendo el desayuno sobre la mesa.
- Estoy hambrienta...
- Pues a comer. ¿Dónde vas hoy?
- Viene un amigo a por mí, nos vamos a ir a pasar el día a alguna playa.
- ¿Lo conozco?
- ¡Ya quisieras! – solté una carcajada. – Es un abogado de prestigio...
- ¿De nuevo con esas? — preguntó recordando lo que le dije el día anterior.
- Es cierto.

— ¡Dios quiera que sea verdad! – dijo exclamando con las manos hacia arriba.

— Lo es, no significa que me vaya a casar con él ni que tengamos nada, pero ir, nos vamos a ir a pasar el día por ahí – sonreí chulescamente.

— Debes buscar un trabajo, eso dice mucho de una mujer, Aitana.

— Mamá, no me calientes el coco, es domingo y quiero disfrutar de hoy y del verano, además, si consigo ligarme a este, no me hará falta trabajar – sonreí.

— No digas eso, hija...

— Mamá, te recuerdo que toda tu vida la has pasado cuidando tu casa y papá trabajando. ¿¿¿Qué tiene de malo que siga tu ejemplo???

— Son otros tiempos, cariño.

— Vale, lo hablamos después del verano... — dije intentando cortar la conversación.

— Está bien, hija... — dijo dándome por perdida, mejor así.

Después de desayunar, llamé a Claudia, me dijo que se irían a pasar el día de tapas y cervezas, me deseó mucha suerte y quedamos en vernos esa semana.

Mis amigas eran todo para mí, sabían exactamente cómo era, me querían y me respetaban con mis defectos y con mis virtudes, la verdad que con ellas

tenía esas hermanas que mis padres no me habían dado, pero se puede querer a alguien de igual manera, la sangre no lo es todo en esta vida, a veces, aparecen personas que se quedan para formar parte de tu familia toda la vida. Esas eran mis amigas, al igual que Eneko.

Llegué con tiempo de sobra al chiringuito y Eneko, nada más verme, me puso por delante un botellín de cerveza.

— Es muy temprano para beber — dije antes de tomarme casi medio de un trago.

— Sí, ya lo veo — dijo con ironía—. Mientras no te salga barriga cervecera, vamos bien.

Me levanté, subí un poco mi camiseta y enseñé mi barriga.

— Plana como una tabla — dije con chulería tras darme un par de palmadas en ella.

— Por ahora, porque entre lo que zampas y que no te mueves en todo el día...

— Así no se trata a los clientes, Eneko — volví a sentarme a la barra  
—, ¿qué manera es esa de mantener el negocio?

— ¡Pero si tú no pagas! Contigo me voy a la ruina.

— Vengo a engalanar este lugar con mi presencia, ¿qué más quieres?  
— dije divertida.

— Tal vez que algún día pagues alguna.

— ¿Para qué? Si no me dejarías — reí recordando una de las pocas veces que intenté hacerlo y no me quiso cobrar.

— Eso también es verdad — torció el gesto—. ¿Así que de cita con el buenorro del letrado? ¿Ya te lo tiraste?

— Aún no — negué con el botellín en la mano— , pero ese hombre tardará poco en estar en mi cama — era muy chula yo, sí... y ni cuenta me di de las señas que estaba haciendo Eneko.

— Quizás seas tú la que tardes poco en estar en la mía.

El botellín se fue a la mierda, así de simple, roto en varios pedazos y todo lleno de cerveza del susto que me dio Denis.

— Joder, ¿por qué tienes costumbre de aparecer así? — me quejé y maté a mi amigo con la mirada por no haberme avisado de una forma que lo entendiera, parecía más bien que estaba intentando matar una mosca.

— ¿El día que nos acostemos lo tenemos que contar con pelos y señales? — tomó asiento en el taburete de al lado.

— Todo el mundo no sé, pero que yo lo tengo que saber, seguro — intervino Eneko.

Denis rio y negó con la cabeza.

— Ese es el sentido de la privacidad que me gusta.

— ¿Privacidad? Eso no existe entre nosotros — Eneko me señaló a mí y luego a él— , ya te irás acostumbrando — dijo señalando a Denis.

— ¡Qué remedio! — rio este, sabiendo de más que no tendría de otra.

— ¿Trajiste los bocadillos? — pregunté mirando que el letrado venía solo con una toalla y nada más.

— ¿Qué bocadillos?

— Pues para pasar el día en la playa, no pensarás que vamos a estar sin comer.

— ¿Y era yo quien los tenía que traer? — preguntó el pobre preocupado y yo intenté no reírme a carcajadas.

— Hombre, pues no pensarás que lo va a hacer la vaga number one — intervino Eneko.

— Vete un poco a la mierda — reí mirando a mi amigo—. Bueno, si tu plan era invitarme a comer pescadito frito o lo que sea en un restaurante, pues tampoco está mal — dije con toda mi cara dura.

— ¿A la siguiente invitas tú? — sonrió Denis, buscándome la lengua.

— Señor Letrado, le queda mucho por aprender — intervino Eneko y

se rio a carcajadas.

Aunque lo que decía era muy en serio, ese hombre aún no me conocía. El pobre iba a tener que dejarse el sueldo, al menos mientras estuviera en el paro, lo que venía siendo todo el verano...

Si después de almorzar, seguía pensando lo mismo. Ese hombre iba a dejarse el sueldo. Entre lo que los dos comíamos y bebíamos... Si yo lo invitaba una vez, me arruinaba, más de lo que ya lo había hecho.

Habíamos pasado un par de horas tomando el sol y después me llevó a comer a un restaurante a pie de playa, un lugar bastante pijo pero perfecto.

Paseábamos por la orilla para bajar un poco la comida.

— Entonces, ¿estás buscando trabajo? — preguntó Denis, mirándome. Giré la cabeza y sonreí.

— No.

— ¿Y por qué no? ¿Va en serio?

— Sí, ¿por qué te extraña?

— No sé, lo más normal sería que buscaras rápido otro.

— Ya, pero yo no soy normal — me encogí de hombros.

— Pero siempre viene bien trabajar.



— ¿Para qué? — pregunté con curiosidad.

— Pues ¿para ganar dinero?

El pobre no entendía mi actitud y yo me estaba muriendo de la risa por dentro.

— Estoy cansada, necesito un descanso.

— Bueno, eso está bien. Pero como está la cosa, no te van a llamar de un trabajo para mañana mismo, así que deberías ir echando currículums.

— Pero qué manía. Voy a vivir del Estado, ya está — reí.

— Está bien — sonrió—. ¿Y de qué trabajabas antes?

— En una tienda.

— Entonces se te da bien el trato con la gente.

— Digamos que los soporto — seguí riendo—, pero acabé quemada de aguantar tantas gilipolleces. El recorte en plantilla me salvó de asesinar a alguien inocente.

— Bueno, aún no me conocías para saber que podrías salir impune de esa — sonrió—. Yo puedo mover algunos hilos y...

— Deja los hilos quietecitos y tus manos también — le advertí—. He

dicho que voy a disfrutar del verano y lo voy a hacer.

— Pero...

— Denis, ¿quieres que nos llevemos bien? — me paré frente a él y crucé los brazos.

— Sí, claro.

— Entonces dejemos el trabajo a un lado — refunfuñé.

— Me encanta cuando haces eso — se acercó a mí y tocó mi labio con su pulgar.

— ¿El qué? — pregunté mirándolo como una idiota.

— Ese gesto con la boca cuando resoplas, no sabes cómo me pone — terminó de pegar su pecho al mío.

— ¿Está intentando seducirme, letrado? — pregunté nerviosa, aunque deseando de escuchar ese sí.

Me miró sonriendo y acercó su cara a la mía. Un beso dulce, lento... Y se separó de mí.

— No, aquí el único seducido soy yo.

Madre mía, aparte de buenorro, con un trabajo buenísimo, simpático... Era cariñoso. O a mí Dios me quería mucho, o en otra vida fui una santa y ahora tenía la recompensa o ahí había gato encerrado. ¡Porque más perfecto no se

podía ser!

— Vaya, ¿de qué libro sacaste eso? — pregunté intentando que no notara lo nerviosa que estaba, aunque seguro que mi cara de gilipollas decía demasiado.

Denis rio a carcajadas y me pasó el brazo por los hombros para que siguiéramos caminando.

— Doctora, tiene mucho que aprender — bromeó en esta ocasión él.

El día fue perfecto y, aunque entre él y yo no hubo más que unos simples y cortos besos, cuando me dejó en la puerta de casa, yo seguía con mi sonrisa de idiota en la cara.

— ¿Cenarías conmigo mañana? — preguntó tras besarme antes de irse.

— Sí, claro — sonreí.

— En mi casa...

— Sí — reafirmé, sabía lo que quería decir eso y yo no iba a negarme.

— Te paso a recoger cuando termine en el bufet, te aviso de la hora por WhatsApp — dijo y yo afirmé con la cabeza—. Estoy deseando que llegue ya — me dio otro beso y se fue, vi cómo se montaba en el coche y me giré para entrar en el portal.

Me quedé de piedra cuando lo vi ahí. Todo mi cuerpo en tensión, sin saber qué decir mientras me preguntaba: ¿¿por qué ahora?!

— Veo que no tardaste en seguir con tu vida.

— Hola, David, yo también me alegro de verte — sarcasmo en toda su esencia.

— No parece que sea tan así — se separó de la pared de azulejos en la que estaba apoyado y se acercó a mí. Mi cuerpo era de gelatina en ese momento, demasiados recuerdos...

— ¿Qué haces aquí?

— Vine a verte, tenemos tanto de lo que hablar...

— ¿Ahora? Te marchaste, creo que eso lo dice todo.

— No fue tan simple, Aitana. Estoy aquí.

— ¿Y qué es lo que quieres ahora?

— A ti. Quiero recuperarte a ti.

— Maldito seas...

Pasé por su lado y golpeé mi hombro con el suyo. No podía tenerlo cerca de nuevo. Mierda, me había costado mucho olvidarlo para que volviera de esa manera.

¿Olvidarlo?

No, nunca lo había hecho. Pero lo nuestro terminó, él se marchó, me dejó. No hubo excusas ni explicaciones. Estuve meses hecha mierda, culpándome, sin entender qué había hecho mal. Y cuando pensé que podría acabar esa etapa...

¡Maldito idiota!, refunfuñé tras golpear la puerta del ascensor con mi puño.

Ahora aparecía para recuperarme... ¿Recuperar qué? Si ni siquiera yo sabía si había algo que recuperar.

Entré en casa, saludé a mis padres y me fui directamente a mi habitación. Caí en la cama enfadada. Conmigo. Con el destino. Con él.

Denis...

Su nombre vino a mi mente y gemí. Me gustaba ese chico, bastante. Pero David...

Mierda, ahora sí que tenía un problema.

## Capítulo 5

— Buenos días, mamá – dije mientras la besaba.

— Cariño, tienes cara de haber dormido mal.

- Tengo cara de querer que la tierra me trague – dije entristecida.
- ¿Pero qué te ha pasado, cariño?
- Nada, no tengo ganas de hablar – di un sorbo al café.
- Pero hija...
- Mamá, prometo contártelo en otro momento, no te preocupes, es una tontería, pero parece que el karma la tomó conmigo.

Mi madre entendió que no tenía ganas de hablar, me agarró por detrás y me abrazó mientras besaba mi cabeza.

Terminé de desayunar y me fui de compras, tenía ganas de pasear, de que me diera el aire, caminar, tomar un helado, evadirme de este nuevo acontecimiento que había aparecido para poner mi mundo patas arribas. ¡Mierda de David! ¿Por qué ahora? La vida, esa puñetera vida que nos sorprende cuando menos lo necesitamos.

Miré el móvil, tenía un mensaje de Denis, me daba los buenos días y me decía que me recogía a las 7 en mi casa, que no pensara que iba a volver, quería dormir conmigo. ¡Yo también quería! Pero estaba incrédula ante la aparición de mi ex, ese que me arrancó el alma cuando desapareció, cuando creí que iba a enloquecer, casi me cuesta una enfermedad. Me entraba el agobio de pensarlo, me agarré mi larga melena negra y me cogí una cola, además hacía mucho calor.

Entré a una tienda que me gustaba mucho, empecé a bichear un poco y me

animé a probarme varias prendas, todo me gustaba, así que me lo compré, los agobios quemando tarjeta son más llevaderos.

— Ese traje te sentará genial.

Me volví al reconocer esa voz.

— ¿Me estas siguiendo, David? – pregunté enfurecida.

— Para nada...

— ¿Entonces? Esta tienda es de chicas.

— Te vi al pasar por la puerta y entré a saludarte.

— David, debes de olvidarme – dije caminando hacia la caja para pagar.

— No es eso lo que quieres, sé sincera – comenzó a seguirme y me paré en seco.

— Escúchame atento, David. Lo nuestro se acabó, ahora estoy ilusionada, no vengas a joder mi vida – dije a regañadientes.

— ¿Es por ese tío? – su tono era de enfado.

— Es porque a mí me da la gana – me aparté de él y puse las prendas en el mostrador para pagar.

Una vez terminé, me volví para irme y pude comprobar que ya no estaba, en el fondo eso me alivió. Se me quitaron las ganas de seguir de compras y me

fui al chiringuito de Eneko.

Llegué allí con una cara que despedía gente.

— ¿Qué te ha pasado?

— Eneko. ¡Soy una desgraciada! David ha aparecido y dice que viene a recuperarme – puse mis codos sobre la barra y apoyé mi cara triste sobre mis manos.

— ¿David? ¿A recuperarte? ¿Pero ese de que cojones va? ¡Dios, como me lo eche a la cara!

— ¡Ahora! ¿Por qué ahora? Con lo ilusionada que estaba con Denis...

— ¿¿¿Estabas??? ¿¿¿Ya no lo estás???

— Sí, pero no te voy a mentir, el corazón me ha dado un vuelco al ver de nuevo a David, ya sabes lo que yo quería a ese chico.

— ¡¡¡Olvídalo ya!!! – dijo señalando su sien, anunciando que yo estaba loca.

— Hoy me ha pedido Denis que duerma con él...

— ¿Y?

— Iré, no me pienso quedar con las ganas...

— Denis es un gran hombre, no un niñato como David,



sinvergüenza... lo que hizo contigo, eso no tiene nombre.

— Me ha dicho que todo tiene una explicación...

— ¿¿¿Estás loca??? Ahora vendrá inventándose la biblia. ¡No le hagas caso!

— No lo quiero escuchar, pero me ha jodido su presencia.

— Espero que no la cagues, Aitana.

— Ya...

Me quedé a comer en el chiringuito, luego subí para mi casa a ducharme y a esperar a que Denis me recogiera, tenía un sabor agridulce, sabía que le llegada de mi ex me haría disfrutar menos de lo que estaba segura iba a ser una preciosa noche.

Me puse un pantalón corto de color negro, de bajo talle y pegado hasta las rodillas, unos tacones y una camiseta de tirantes del mismo color. Me solté mi melena y me fui hacia bajo, ya Denis me había avisado que estaba esperándome.

Al dirigirme al coche, pude observar a David en la puerta de enfrente, mirándome, cabizbajo. Denis me abrió la puerta del copiloto y me dio un beso en los labios, estaba ajeno a todo, yo le correspondí y me senté rápidamente, tenía ganas de salir de allí, quitar de mi vista a mi ex, ese por el que di la vida y que hoy parecía un paranoico persiguiéndome.

— Estás preciosa – dijo mientras arrancaba y me guiñaba un ojo.

— Gracias, tú también estás muy guapo...

Estuve en silencio el corto camino que separaba su casa de la mía, al llegar a la suya me quedé helada, vaya piso frente al mar, dos dormitorios solos, pero como mi casa de grande, una terraza mirando al agua que daban ganas tirarse a ella, un baño como el de un hotel, un salón de lo más impecable y de confort, una cocina roja con todo en medio, como si fuera una isla, parecía sacada de una revista y un despacho que... eso era precioso.

— Vaya casa tienes... — dije en voz baja.

— Me alegra que te guste.

— Es una pasada. Tienes mucho gusto, es la más bonita que he visto en mi vida.

Me abrazó por atrás y puso una copa de vino en mi mano, la música comenzó a sonar, me sorprendió la canción “Carusso” de Andrea Bocelli.

*Là dove il mare luccica  
E grida forte il vento  
C'è vecchia terrazza  
Vicino al golfo di Sorrento  
Un uomo abbraccia una ragazza  
Dopo che aveva pianto  
Poi si schiarisce la voce  
Ed incomincia il canto  
Te voglio bene assai  
Ma tanto tanto bene sai  
È 'na catena ormai*

*Che scioglie il sangue dint'e vvene sai  
Vide le luci in mezzo al mare  
Penso alla notti là in America  
Ma erano solo le lampare  
E la bianca scia d'un'elica  
Sentì il dolore nella musica  
E si alzò dal pianoforte  
Ma quando vide la luna uscire da una nuvola  
Gli sembrò piu dolce anche la norte*

Esa música, Denis, el vino, su abrazo... ¡Saca de la cabeza a David! Eso era exactamente lo que quería, sacarlo de mi cabeza. Quitarlo de mi vida, como él me había quitado de la suya.

Me dejé llevar, me volví y comencé a besarlo suavemente, jugueteando con sus labios, con la copa de vino, disfrutando de ese momento, de esa música, de esa estampa que tenía en esa terraza, el mar en calma esperando el atardecer y yo... en los brazos de un gran hombre.

Nos quedamos un rato mirando al mar, charlando sobre cine, él era todo un friki de las series, yo, en cambio... solo veía comedias románticas, soltó una carcajada cuando se lo dije.

— Te obligaré a ver El señor de los anillos.

— No lo conseguirás, ni muerta veo ese tostón... — negué con los ojos.

— ¿¿¿No??? ¿¿¿Segura???

— Segurísima...

— Una semana, en una semana ya estarás viéndolo conmigo – me guiñó el ojo.

— Sí, claro, qué poco me conoces.

— Ni tú a mí...

Se me olvidó David, ese tonto con Denis, esa manera de atraerme, esas palabras, miradas, caricias, atenciones... me hacían olvidar al mundo.

La cena fue de lo más bonita, en su terraza, con velas, frente al mar, marisco, ensalada de Tutti di mare, vino, todo era especial, no dejé de reírme en ningún momento.

— ¿Más vino? — me preguntó un esto después.

Estábamos sentados en el sofá y bebíamos una detrás de otra. Negué con la cabeza, no estaba borracha, pero empezaba a notarme algo achispada.

— ¿Quieres emborracharme? — pregunté divertida.

— ¿Lo necesitaría? — me quitó la copa de las manos y la dejó sobre la mesa, al lado de la suya.

— Pues quizás, depende de para qué — dije en tono interesante.

— No creo que haga falta que te diga lo que quiero — su tono seductor ya me tenía a mil.

Torcí un poco la cabeza y me quedé mirándolo a los ojos con una media sonrisa en los labios.

— Dímelo — dije con la voz ronca.

Yo no era así, mi vergüenza siempre estaba primero, pero con él me sentía a

gusto, sabía que podía ser natural y eso me envalentonaba mucho.

— Te quiero a ti — sus ojos ardían mientras miraban fijamente a los míos.

— Estoy aquí.

— No — negó rápidamente— . Te quiero a ti, desnuda, debajo de mí.

La frase era para derretirse, eso seguro, pero yo ya había bebido más de la cuenta. Así que, sin poder evitarlo, me descojoné de la risa.

Denis apoyó su codo en el respaldar del sofá, la cabeza sobre la palma de su mano y me miró con una sonrisa divertida.

— ¿Qué te hace tanta gracia? — preguntó.

— No sé — me limpié algunas lágrimas de los ojos y hablé entre risas  
— . Es muy bonito lo que dijiste, además que me puso a mil. Pero...  
— volví a reírme.

— Eso es lo que quiero cuando te tenga debajo.

— ¿Qué me ría?

— No, esa chispa que tienen tus ojos.

Eso sí cortó la diversión rápidamente. Me hizo recordar el tiempo en el que David se marchó y yo estuve muerta en vida, sin ganas y sin ilusiones por nada.

- ¿Estás bien? — preocupado, cogió mi cara con sus manos.
- Sí, lo siento — negué repetidamente con la cabeza.
- Conmigo no tienes que sentir nada, Aitana, pero yo quiero verte feliz.
- Lo estoy.
- No, aún no. Pero te prometo que haré lo que haga falta porque no vuelvas a tener una mirada triste más.
- Esa es una promesa un poco exagerada, Denis.
- No. Sé lo que quiero, simple y llanamente eso.
- ¿Y qué quieres? — insistí de nuevo, porque necesitaba que me besara de una vez y parara a mi mente de pensamientos idiotas.
- A ti. Siempre a ti.

¡Sí! Me besó. Me besó y me besó. Nada de cursilerías. Un beso duro que me enseñaba el deseo que sentía por mí. Me abracé a su cuello y me pegué por completo a él, odiando a la ropa que no me permitía sentirlo por completo.

Como si me leyera la mente, sus manos comenzaron a deshacerse de cada una de las prendas que llevaba. No me miraba el cuerpo, sus ojos no dejaban los míos y eso me hacía sentir mejor. Me daba a entender que no le importaba mi aspecto, que lo que él quería era más que eso.

Cuando terminó de desnudarnos a ambos, lo empujé para que se apoyara en el sofá. Me senté a horcajadas sobre él y volví a besarlo. Me encantaba hacerlo como me encantó notar sus manos acariciando mi piel.

— Hace mucho tiempo... — gemí sobre sus labios.

No tenía que haberlo dicho en voz alta, él no tenía por qué saber esas cosas.

— ¿Cuánto? — preguntó con curiosidad.

— Demasiado — dije tras separar nuestros rostros y mirarlo.

— Entonces me alegro — sonrió, me guiñó un ojo y volvió a jugar con mi boca.

Sus manos, cada vez que me acariciaba o me apretaba, me arrancaba suspiros incontrolables. Ambos estábamos frenéticos, casi sin poder respirar. Levanté un poco mi cuerpo para que lo entendiera. Lo quería dentro de mí.

— Oh, mierda — mordí su labio cuando me llenó por completo.

Sí, hacía demasiado tiempo que no sentía eso.

Me moví arriba y bajo, lentamente, sin querer precipitarme y que aquello fuera más rápido de la cuenta. Pero mi cuerpo no estaba por la labor, temblaba demasiado, necesitaba ya el orgasmo y Denis lo notó. Ayudándome con sus movimientos, acabé desplomada encima de él mientras intentaba volver a coger aire y dejar de temblar.

Ni siquiera cuando él terminó, pude hacerlo. Estaba demasiado sensible, seguía temblando.

— Me encantas — me abrazó con fuerza y yo hundí más la cara en su cuello, aspirando su aroma.

— Tú a mí también — reconocí—. Solo espero que no te vayas — yo y mi maldita manía de no pensar antes de hablar.

Se tensó un poco y me separó de él para que lo mirara. Avergonzada, desvié la vista, pero con su mano hizo que volviera a mirarlo a él.

— Yo no iré a ningún lado, Aitana — me mordí el labio para evitar llorar y asentí con la cabeza—. No sé de dónde te viene ese miedo, pero conmigo no lo tengas.

— Vale — suspiré.

— ¿Confías en mí?

— Sí — y aunque sonara estúpido porque apenas lo conocía, lo hacía.

— Entonces no hay miedo que valga entre nosotros. Porque al único lugar al que vamos a ir ahora y durante mucho tiempo, lo haremos los dos juntos.

— ¿Y dónde es eso?



Me agarró y se levantó conmigo en brazos.

— A la cama — dijo con naturalidad.

Y volví a reírme mientras me abrazaba con fuerza a su cuello para no caerme y negaba con la cabeza.

¿Un ángel? No sé, pero, sin duda, era lo más especial que había tocado mi cuerpo, me hacía vibrar, desear, era todo perfección, jamás sentí esa forma de sexo hasta ahora, me sentía protegida en sus brazos, era algo imposible de describir.

Por la mañana me desperté con el ruido de la cafetera, fui a la cocina y ya tenía preparado el desayuno.

— ¡Qué hambre! – me acerqué para besarlo y quitarle un vaso de zumo que acababa de exprimir.

— Pues a comer – dijo poniendo el café y las tostadas con jamón sobre la mesa.

— ¡Qué rico! – dije mordisqueándola.

— ¿Te quieres quedar aquí mientras voy a trabajar?

— No, prefiero ir a casa, paso la mañana con mi madre y hago unas cosas que quiero hacer.

— Vale, te recojo esta noche y cenamos en un lugar que te va a encantar.

— ¡Acepto! – grité mientras engullía el pan.

Me llevó a casa y nos despedimos con un buen beso, quedamos en vernos más tarde.

— Hola, Aitana – dijo una voz desde el interior de la casapuerta.

— ¿Qué haces aquí, David?

— Esperarte...

— ¿No comprendes que no quiero saber nada de ti?

— ¡No me lo creo, Aitana! No se te ha podido olvidar todo lo que hemos vivido. No me mientas, no has podido olvidar tanta pasión. Intentémoslo de nuevo.

— ¿Intentar? ¡Vete a la mierda! ¡Desaparece de nuevo!

— No puedo, Aitana, nunca te he olvidado – sus lágrimas comenzaron a brotar por su cara.

— ¡Te fuiste! No puedes hacerme esto. ¡Maldita sea!

— Tuve que irme, Aitana...

— ¿Tuviste? ¿Sin explicación? ¡Estás loco!

Lo dejé allí y subí para mi casa, no podía creer que eso me estuviera pasando, no me lo podía creer.

— Hola, hija – mi madre me dio un fuerte abrazo.

— Mamá, me voy a mi habitación, no me encuentro bien.

Me fui, sin dejarle margen a que me preguntara, no tenía ganas de nada, solo de que la tierra me tragase, no era normal que ahora apareciera como si nada hubiera sucedido. ¿Estaba loco? ¡Lo estaba!

Me metí en la cama y me abracé a una de las almohadas, me puse a llorar como una quinceañera a la que le habían acabado de partir el corazón, todo empezaba a superarme, Denis había entrado en mi vida de un empujón y a David... nunca lo había olvidado.

Lloré mucho tiempo, el corazón se me iba a salir por la boca, me estaba volviendo loca, tenía la sensación de que la vida se estaba riendo de mí y que lo iba a hacer por mucho tiempo.

Desperté a las tres de la tarde, mi madre se encargó de hacerlo, estaba preocupada, fui a la cocina a comer con ella, pero no podía contarle nada, ni podía dejar de llorar, solo le dije que David había aparecido, ella se puso las manos en la boca.

Le mandé un mensaje a Denis, le dije que tenía un poco de gastroenteritis y que no podía salir ese día.

Me quedé en mi habitación encerrada, no me apetecía salir, aunque tenía ganas de estar con Denis, lo de David me estaba superando de una forma bestial.

Claudia y Lenca no paraban de hablar por el grupo, yo ni lo habría para que no vieran que estaba en línea, no me apetecía hablar con nadie, quería quedarme sola, pensando, con la cabeza a presión, pero quería tomar una determinación, aunque en cuestiones del corazón, la razón no se sabe posicionar.

Esa noche me dieron las tres de la mañana llorando, hasta que imagino que en algún momento me quedé dormida, pero a base de mucho dolor y de poner en una balanza a las dos personas más importantes para mi corazón en ese momento.



## *Capítulo 6*

Me miré los ojos en el espejo, parecía una muerta viviente, se me veía pálida, a pesar de que tenía la piel muy morena y bronceada, unas ojeras impresionantes y los ojos hinchados de llorar.

Me duché. Luego me maquillé un poco y bajé a la cocina, no quería preocupar a mi madre más.

— Hola, mamá – dije medio sonriendo, aunque ella sabía que mi mirada solo reflejaba tristeza.

— Hola, mi vida – me abrazó como siempre.

— Ummm, qué bien huele a café – dije mientras ella me lo ponía delante.

— Sí, cariño, está hecho con mucho amor...

— Lo sé, mamá.

— ¿Vas a salir ahora?

- Voy a ir a ver a Eneko, así también me tiro el día en la playa.
- ¿Quieres que te haga una tortilla de patatas y te la lleves?
- No, teniendo su chiringuito, me como lo que quiera.
- Pero hija, paga alguna vez, no tengas más morro... pobre hombre que lucha por sacar su negocio hacia delante.
- ¿Yo? ¿Pagar? ¿Llevar una tortilla? ¡Me niego! — puse cara de hacer la payasa.
- Nada, que no cambias.
- Mamá, si cambiara, no sería yo...
- Eso es verdad, hija.

Mi madre me iba contando cosas mientras yo desayunaba, a la vez iba relimpiando la cocina, más brillo era imposible de sacarle, ella estaba obsesionada con la limpieza, a mí me ponía de mala hostia, planchaba hasta los trapos de cocina y la ropa interior, a mí eso me enervaba, pero ella era feliz así.

Le di un beso y me fui para el chiringuito, el móvil lo llevaba en silencio, no lo había mirado en toda la mañana, no quería ver nada, quería sentirme libre y vivir el día a mi manera.

De lejos pude ver sentado en la barra a Kike, la pareja de Eneko, seguro que

ese día había librado.

— Hola, bombón – dije dándole un abrazo y un beso en la mejilla.

— A mi chico no le llames bombón – bromeó Eneko.

— ¡Celoso! Sal aquí que te abrazo a ti también – le saqué la lengua.

— ¿Has vuelo a ver a David? – preguntó Eneko.

— Sí... — puse cara de tristeza. Kike me agarró la mano, ya se lo habría contado Eneko.

— Mira que aparecer ahora... este tío es un impresentable – dijo Kike con voz indignada.

— ¿¿¿Quedaste con él??? – Eneko no paraba de negar, enfadado.

— No, volvió a esperarme en la puerta de mi casa...

— ¡Estúpido! Lástima que no tenga cojones de aparecer por aquí...

Los dos estaban enfurecidos, podía verlo en sus ojos, al igual que ellos podían ver lo que me causaba a mí su aparición.

— Por ahí viene Denis – dijo mi amigo.

— Seguro que me ha estado llamando, hoy no miré el móvil... me puse las manos sobre la cara.

— Hola – dijo Denis con un tono serio.

— Hola, Denis – dije en voz baja.

Le dio la mano a Eneko y a Kike, se puso con nosotros y pidió un café con hielo.

— ¿Te escapaste del curro? – preguntó mi amigo para quitar hierro.

— Sí, no estaba concentrado, además hasta la semana que viene no tengo juicios.

— ¿Estás bien? – pregunté para ver si aplacaba un poco la situación.

— Sí, gracias – dijo sin levantar la cara de la barra, pasando de mirarme, evidentemente estaba enfadado conmigo.

Kike se despidió, iba a comer con su madre y Eneko nos dejó solos.

— Has pasado de contestar a mis mensajes y llamadas, Aitana – dijo mirando el vaso.

— Lo siento, no estaba bien. No he mirado el móvil hoy aun, lo llevo en silencio.

— ¿Eso es lo que te importo? ¡Genial! – dio un trago al café, dejó dos euros sobre la barra y se dispuso a marcharse.

— Escúchame, Denis – dije aguantándole el brazo.



— Y tú... ¿Por qué no me has escuchado a mí?

— Lo siento, de verdad, lo estoy pasando mal, hay algo que no sabes... — se me cayeron las lágrimas y al verme, me cogió del brazo y me llevó a una mesa.

— Dime qué está ocurriendo, para mí eres importante, Aitana, no suelo hacer las cosas sin sentir las.

— No tengo ganas de hablar de ello – dije rompiendo a llorar, desconsolada.

— No, no, no llores – me agarró las manos y me miró fijamente. – No quiero que llores, no puedo verte llorar, dime qué necesitas, Aitana. ¿Es tema económico? ¿Problemas familiares? ¿Alguien te está haciendo daño? Déjame ayudarte, por favor. ¿Te molesto en tu vida?

— ¡No! No digas eso, para nada, has entrado cuando más lo necesitaba, me encendiste esa bombilla que llevaba mucho tiempo apagada. Pero pasó algo con lo que no contaba y me ha dejado hecha una mierda.

— ¿Pero de qué se trata? Confía en mí, por favor, te ayudaré, Aitana.

— Prometo contártelo, pero hoy no, por favor – dije con el corazón encogido.

— Está bien, preciosa, pero no llores. ¿Te apetece pasar el día conmigo?

— Sí, claro, por supuesto – la verdad es que me apetecía y ahora que lo tenía delante, más, pero estaba con el corazón un poco ido, no sabía qué me pasaba, porque no me quitaba a David de la cabeza, no se merecía que lo volviera a pasar más mal de lo que lo pasé y menos aún poner en riesgo eso tan bonito que estaba empezando a vivir junto a Denis. ¡Me estaba quedando loca!

— Solo dime una cosa. ¿Hay alguien más?

Agaché la cabeza y comencé a llorar como una idiota, vi cómo su rostro cambiaba y miraba al mar, estaba pálido, descompuesto.

— No estoy con nadie, es una historia del pasado, alguien que se fue y volvió a aparecer pensando que nada había cambiado.

— No te entiendo...

— Estuve con él – en ese momento decidí contarle la verdad –, fue mi pareja de muchos años. Un día, de la noche a la mañana, desapareció sin dar una explicación, a mí me partió el alma, me destrozó la vida y ahora, después de unos años, justo cuando te he conocido y empezaba a tener una ilusión, aparece y dice que viene a recuperarme.

— ¿Y tú quieres que así sea?

— ¡No! Pero me duele, me ha dolido su aparición, me persigue, me espera cuando me dejas, le digo que no quiero saber nada de él, pero insiste y me está matando.

— ¡Hay que denunciarlo!

— Nooooo, no quiero jaleos, no quiero nada, solo ser fuerte y salir de ésta.

— Quizás tu corazón te pide volver con él, si no, no te entiendo.

— No es eso – quise mentir, pues ni yo sabía qué quería.

— ¿No es eso? ¿Entonces qué es, Aitana? ¡Quiero saber! No quiero vivir algo tan bonito como lo que estoy viviendo y que luego me des una patada como si nada hubiera pasado.

— Yo también estoy viviendo algo bonito, Denis...

— ¡Déjame hablar con él! No te molestará más.

— ¡¡¡No!!! Ya le he dicho que no quiero saber nada de él, que todo ha cambiado.

— ¿Y crees en serio que se ha enterado? – me encogí de hombros y me puse las manos en la cara, seguidamente él me las quitó – Escúchame, Aitana, quiero ayudarte, pero de esta manera no me dejas, no pienso pasarlo mal por una historia en la que pensaba dejarme la vida. Ya lo pasé una vez muy mal, no pienso pasarlo dos.

— ¿Lo pasaste mal?

— Muy mal...

— ¿Qué pasó?

— Me enamoré de una chica, cuando ya era tarde, me enteré de que estaba casada, pero como te he dicho, era tarde, ya la amaba por encima de todas las cosas. Me prometió que dejaría a su marido, así estuvo un año, pero luego, al que dejó fue a mí, destrozado, hundido y amándola con todas mis fuerzas. Prometí que Sandra sería la última mujer que me engañaría de esa manera, no soy postre de nadie, Aitana.

— Por supuesto que no, para mí no lo eres... — seguía llorando con todas mis ganas, sentía un dolor demasiado grande.

— Pues te veo dudar, te lo veo en tus ojos, aún sientes algo por David, si no, me permitirías que lo apartara de tu vida.

— No quiero que te metas en líos...

— No quieres que lo aparte de tu vida, eso es lo que te pasa y no te atreves a decírmelo, pero no soy un juguete, me parte el alma verte así, pero no voy a estar luchando por alguien que siquiera tiene claro que quiere estar conmigo. Me voy... — se levantó y puso las dos manos sobre la mesa — Cuando tengas claro que estás al cien por cien conmigo, me buscas, si quieres, si no, te deseo toda la suerte del mundo.

Se marchó y me dejó ahí llorando como una idiota, eso es lo que era, una perfecta tonta, que ahora que la vida le había puesto un hombre en condiciones por delante, lo estropeaba por dudar, por pensar que me podía equivocar, como si una parte de mi vida siguiera atada a la de David.

Me levanté y me fui, no me despedí de Eneko, no tenía ganas de hablar con nadie, solo irme sola a pasear, a pensar, a poner un poco en orden mi cabeza, esa que me iba a explotar.



## *Capítulo 7*

Apenas llevaba una hora andando como una loca por la playa cuando lo vi venir de frente. Mi cuerpo tembló de rabia, apreté los puños con fuerza y no sé cómo pude evitar chillar.

— Deja de perseguirme, déjame en paz. Maldita sea, ¡deja de acosarme!

— Aitana, tenemos que hablar.

— Estás enfermo. ¿Cómo me encuentras si no me sigues? Joder, ¿pero qué mierda te pasa a ti?

— No es como lo dices, solo necesito que me des la oportunidad de explicarme.

— Me dejaste. Te largaste de mi vida sin una jodida explicación — hablaba con rabia, pero el odio que sentía en ese momento por lo que había hablado con Denis, me tenía peor de lo normal—. Me abandonaste como a la peor mierda. ¿Qué coño quieres ahora?

— Primero que te relajes — levantó las manos en un gesto que me invitaba a hacerlo.

— Vete a la mierda — gruñí e intenté irme de su lado, pero me agarró del brazo—. Nunca, jamás, vuelvas a tocarme.

— Aitana — me soltó y suspiró—. Las cosas no son como las crees. Tuve mis razones para actuar así.

— Lo sé.

— ¿Lo sabes? — preguntó desconcertado.

— Sí, claro que lo sé. La razón es que nunca significué una mierda en tu vida. Nunca fui nada — él empezó a negar rápidamente con la cabeza—. La razón es que nunca me quisiste.

— Te quise y te quie...

— ¡No lo digas! Eres un jodido embustero y a mí me importa una reverenda mierda.

— Claro que te importa. Como te importo yo. Me sigues amando, Aitana.

— Bueno, ya tenemos aquí los aires de superioridad que tanto echábamos de menos — dije sarcástica—. Piensa lo que quieras, David, pero déjame en paz.

— No hasta que no me escuches.

— ¿Pero cómo te lo digo? Por mucha explicación que haya, déjame dudar que haya ninguna, no voy a creerte. Incluso si existiera la remota idea de que me creyera algo, no voy a volver contigo. ¿Te quedó claro?

— Lo harás. Me escucharás y volverás conmigo.

— No seas idiota — dije con rabia. Y me odiaba por haber dudado sobre mis sentimientos en algún momento.

— Sí, fui idiota y más que eso al marcharme y no explicarte. Pero te juro que todo tiene una explicación y yo necesito dártela.

— Ahórratela — dije con desprecio— Y no vuelvas a acercarte a mí.

— No me pidas que no lo hagas. Yo te quiero.

— ¡Pero yo te aborrezco!

— No digas eso, por favor — negó con lágrimas en los ojos.

— Deja las lágrimas de cocodrilo. Lágrimas fueron las que derramé por ti durante meses, echándote de menos, pensando que, quizás, yo había hecho algo mal. ¡Sintiéndome la peor mierda!

— Yo no quería eso...

— ¿Y qué esperabas? Te fuiste sin razón alguna. ¡Me jodiste la vida!

— Aitana... — intentó tocarme, pero me alejé.



- Vete, pero vete sin que vuelvas esta vez. No quiero volver a verte.
- Está bien — asintió—. Me voy, pero por ahora — dijo cuando ya me sentí aliviada y me tensé de nuevo—. Voy a seguir intentando hablar contigo, Aitana, vas a escucharme.
- Que te largues...
- Estás demasiado nerviosa, pero pasará. Me iré, por hoy, pero ten algo por seguro.
- ¿Qué? — pregunté temiéndome la respuesta.
- Voy a volver.
- Te denunciaré, David — dije con seguridad.
- ¿Tú o el abugaducho ese? — preguntó refiriéndose a Denis y yo me mordí la lengua para no preguntarle qué sabía exactamente de él.
- A él déjalo en paz — dije entre dientes.
- Él es quien tiene que dejar en paz lo que es mío — soltó y yo me quedé con la boca abierta, no podía creer lo que estaba escuchando—. Volveremos a vernos, Aitana.
- Te denunciaré — repetí.
- No me rendiré. No esta vez. Volveré a por ti.

Se dio la vuelta y se marchó. Me dejé caer sobre la arena dejando que el temblor se apoderara de mi cuerpo, ese que había intentado aguantar en toda la discusión. Mis hombros empezaron a temblar y comencé a llorar, desconsolada.

Maldito hombre...

No sé cuánto tiempo estuve allí, llorando y mirando al infinito mar, sintiéndome más pequeña que nunca.

Cuando llegué a casa, le hice un gesto a mis padres para que supieran que no me sentía bien, pero que tampoco podía hablar. No en ese momento, que tenía un nudo en mi garganta. Y me dolía el pecho, literalmente.

Caí sobre la cama, abracé mi almohada y lloré. Lloré por todo: por los recuerdos, por lo que David se cargó, por los meses que estuve muerta en vida, hecha un zombi, creyéndome lo peor y la culpable de todo. Lloré tanto por eso, como por lo bonito que habíamos vivido los dos: las risas, el amor que habíamos compartidos.

Lloré por mí, por lo que fui y por quien nunca volvería a ser. Ya nunca volvería esa chica confiada, ya el cinismo y la desconfianza formaban parte de mí.

Lloré por el pasado, por el presente. Y lloré por Denis...

Porque la había jodido con él. Por eso me merecía cada una de las lágrimas que estaba derramando esa noche.





## *Capítulo 8*

Abrí los ojos, pero no podía, ni quería, moverme de la cama. Ese día mis padres salieron de vacaciones, no volverían hasta diez días después, menos mal, no quería que mi madre sufriera viéndome de esa manera.

Miré el móvil y tenía un mensaje de Claudia y Lenca, comenzaban sus vacaciones hoy, se las habían pedido a la vez y querían que comiéramos las tres juntas. No me podía ni levantar. ¿Qué iba a hacer yo en la comida? ¿Llorar como una macarena? ¿Agobiar las vacaciones de mis amigas? Además, Eneko ya las había puesto al día de todo, querían hablar conmigo, sin duda, no me apetecía, pero sabía que se colarían en mi casa a por mí, de eso no me cabía duda.

Les respondí que las veía en el chiringuito de nuestro amigo, así que me levanté, me duché, me puse el bikini, el traje, me preparé un café y luego me fui para la playa, allí estarían esperándome.

En la barra estaban charlando con Eneko, me acerqué a ellos y rompí a llorar, los tres me abrazaron, sabía que volvía a tocar suelo de nuevo, ya habían pasado mi anterior crisis, en las que se dejaron la piel para que volviera a

levantar cabeza.

— ¡Lo mato! – escuché decir a Eneko.

Todas miramos a donde él lo hacía y vi cómo David venía hacia nosotros.

— Por favor, no haced nada – dije nerviosa y rogando.

— ¡¿Qué carajo haces aquí?! – recriminó Eneko cuando él se acercó, las caras de mis amigas eran de matar a alguien.

— Hombre, yo también me alegro de verte – respondió irónicamente.  
– Aitana, tengo que hablar contigo.

— No, David, no quiero saber nada de ti, ahora más que nunca tengo claro que no te quiero ni ver, así que ahórrate el buscarme, el venir con gilipolleces. Vete y vuelve a desaparecer de mi vida, ya no soy la chica que dejaste cuando te fuiste, ni tú ese hombre que un día sí quise a mi lado, ahora no... ¡¡¡Vete!!!

— Te vas a arrepentir – dijo señalándome con el dedo.

— El que se va a arrepentir eres tú como no te vayas y desaparezcas de una puta vez – dijo Eneko acercándose de forma muy enfadada hacía él.

— Está bien, Aitana, me voy, pero nos veremos – dijo dándose la vuelta y marchándose.

— Si te acercas a ella, eres hombre muerto – chilló Eneko.

— Deberías denunciarlo, Aitana – dijo Lenca.

— Eso me dijo Denis, eso me dijo, pero no puedo – volví a romper a llorar.

— ¡No quieres! Eso es lo que te pasa, que no quieres – se enfadó bastante Claudia.

— Te va a buscar una ruina, te la va a buscar, tiene un problema psicológico, desaparece y aparece como le da la gana y encima se cree con el derecho de que sigas siendo de él, no va a aceptar nunca un no por respuesta. Piénsalo, Aitana, piénsalo – dijo marchándose Eneko para ayudar en la barra.

Nos quedamos un rato en silencio, no éramos capaces de hablar, sabía que ellas estaban sufriendo esto y que les dolía mucho, pero yo no podía hacer nada, no sabía ni qué hacer conmigo misma, cuanto más con los demás.

Pasamos el día en la playa, sol, cervezas, baños, pero no volvimos a hablar del tema, mis amigas intentaron en todo momento animarme. Mi cabeza estaba en otro sitio, pensando en Denis, pero metiéndose por medio David. Iba a terminar loca, no era justo para Denis, ni siquiera para mí, pero me veía bloqueada, sin poder avanzar para ningún lado.

Por la noche me acompañaron hasta dentro de mi casa, querían asegurarse de que David no iba a estar esperándome en cualquier rincón, luego se marcharon y quedaron en llamarme por la mañana.

Me costó la vida dormirme, no dejaba de llorar, estaba desconsolada, en esos momentos necesitaba un abrazo de mi letrado. Pero él ya se había marchado, era obvio que no iba a aguantar mi estado, no se lo merecía, eso me partía el alma, porque sentía por él algo de verdad, pero no era capaz de romper con mi pasado, es más, no me dejaban.

Por la mañana cogí mi coche y me marché a un centro comercial, quería pasear y distraerme sola, así que me tiré toda la mañana de tiendas, comprando muchas cosas que me iban apeteciendo. Aunque tenía el alma en los pies, no me podía quedar en esa cama, consumiéndome por la pena, no podía ser y, sobre todo, yo quería salir adelante.

A la hora de la comida quedé con mis amigas en el restaurante de Eneko, cuando llegué, aún no estaban, di dos besos a mi amigo y le pedí una Coca Cola lighth.

— Denis vino anoche a despedirse – dijo con voz triste.

— ¿¿¿A despedirse??? – lo miré asustada.

— Se ha cogido hasta septiembre, ha dejado el despacho en manos de sus compañeros, se ha ido a Galicia, a la casa que tiene allí.

— ¡¡¡No!!! – me puse las manos en la cabeza.

Era una idiota, había perdido la oportunidad de volver a iluminar mi vida, había perdido a ese hombre que me había hecho sentir cosas que hacía mucho tiempo que no sentía.

— Yo no te voy a decir más nada, pero creo que esto te debe de servir para empezar a cerrar capítulos de tu vida, si no lo haces, no podrás seguir hacia delante.

— Lo sé...

— Hola, capullos – dijo Lenca abrazándome para luego hacerlo Claudia.

— Hola, chicas... — dije apenada.

— Va, alegre esa cara – me sacó Claudia la lengua.

— Denis se ha ido a Galicia hasta septiembre – dije llorando a lagrima viva.

— Lo saben, les conté anoche – irrumpió Eneko.

— Bueno, pues voy a tener que replantearme las cosas, esto no puede seguir así. Mi vida no va a estar en manos de nadie y menos aún de la persona que ya me hundió una vez. ¿Quién me dice que no lo haría de nuevo?

— Esa es la actitud – dijo Lenca, los otros afirmaban con la cabeza.

— Dios, Denis en Galicia... — volví a llorar de nuevo.

— ¡Ve a buscarlo! – gritó Claudia. – Es más, nosotras te acompañamos.



— ¿¿¿En serio??? No sé si será buena idea, no sabemos ni dónde vive.

— ¡Yo sí!, sé el nombre del pueblo, es pequeño, tengo fotos en el Facebook de él delante de su fachada, seguro que con lo cabezotas que sois, lo encontraréis.

— Vamos a hacer las maletas, dormimos en casa de Aitana y mañana salimos rumbo a Galicia. ¡Galicia nos espera! – dijo Lenca.

Las miré alucinando. ¿En serio nos íbamos? ¿Qué diría Denis al verme allí? Sonreí, es lo que más me apetecía en el mundo, pero sentí un escalofrío al pensar que, quizás, ya no quería verme.

Eneko estaba feliz, quería que fuéramos, así que fuimos a casa de Claudia e hizo las maletas, luego a la de Lenca y ya nos fuimos para la mía.

Pasaron toda la tarde bromeando acerca de aquel viaje, que iba a ser, sin duda, la aventura más grande de nuestras vidas, para bien o para mal, sería una de esas cosas que jamás olvidaríamos, esas grandes locuras que solo unas chicas como nosotras eran capaces de hacer.

Me costó la misma vida coger el sueño, estaba nerviosa, miraba el WhatsApp para ver si Denis estaba online, pero no, su última conexión era de por la mañana.

Despertamos a las siete, nos preparamos un buen desayuno y nos metimos en mi coche rumbo a la autovía de La plata, esa que, después de 1100 kilómetros, me llevaría ante el hombre que nunca debí dejar escapar, ese que

apareció cuando menos lo esperaba.

De repente comenzó a sonar una canción que a las tres nos gustaba mucho, Claudia subió la voz y comenzamos a cantarla. Del gran Pablo Alborán.

Regálame tu risa.

Enséñame a soñar.

Con solo una caricia.

Me pierdo en este mar.

Regálame tu estrella.

La que ilumina esta noche.

Llena de paz y de armonía.

Y te entregaré mi vida.

Haces que mi cielo.

Vuelva a tener ese azul.

Pintas de colores.

Mis mañanas solo tú.

Navego entre las olas de tu voz.

Y tú, y tú, y tú, y solamente tú.

Haces que mi alma se despierte con tu luz.

Y tú, y tú, y tú.

Así nos tiramos el camino, parando a tomar café, cantando a grito pelado, parando a comer... Llegamos allí a las nueve de la noche, fuimos directas al

hostal que habíamos cogido cerca de ese pueblo, nos tiramos en la cama y quedamos en que al día siguiente iríamos a buscar su casa.

Tenía una preciosa sensación, saber que estaba cerca de él me hacía muy feliz, saber que lo vería... era lo que soñaba.

A pesar del cansancio del viaje, me costó conciliar el sueño, mis amigas cayeron redondas en cuanto se acostaron, pero yo... yo me quedé dando vueltas hasta las tantas de la noche.



## Capítulo 9

— Me duelen los pies — Lenca se paró en mitad de la calle y se descalzó.

— ¿A quién se le ocurre venir con esos tacones? — preguntó Claudia poniendo los ojos en blanco.

— No todas somos tan dejadas como tú — refunfuñó está de vuelta.

— ¿Dejada? ¿Yo? ¿Y eso por qué? — preguntó la otra con la boca abierta.

— ¡Vas a todos lados en deportivas!

— ¡¿Y?!

— Es evidente — respondió Lenca. No dijo nada más, con eso lo había dicho todo.

Ni siquiera hice caso a sus típicas peleas sobre la ropa, una muy pija y la otra muy deportiva. Siempre andaban igual. En cualquier momento me habría

reído, incluso habría participado en la discusión metiéndome con las dos, ya que yo no era radical para ninguno de los dos sentidos, pero en ese momento, lo que menos me apetecía era eso.

Suspiré, resoplé pesadamente y me dejé caer sobre la fachada de una de las casas. Estaba más que agotada.

— No te desanimes, la encontraremos — Lenca, descalza y con los tacones en la mano, se colocó a mi lado. Claudia lo hizo después.

— Sí, ya hemos recorrido como medio pueblo, ya queda menos.

— ¿Menos? ¡Pero si nos podemos llevar la vida aquí! Joder, ¿y Eneko dijo que el pueblo era pequeño?

— Pequeño si contamos la cantidad de casas y no los extensos terrenos — aclaró Lenca.

— No estás ayudando — le reprochó Claudia.

— Susceptible...

— Chicas, ya — rogué—. Lo que menos necesito es esto.

— Lo siento — dijeron a la vez.

— Solo un poco más, a ver si tenemos suerte. O no sé, preguntamos a alguien — ofreció Claudia.

— ¿A quién? ¡Si esto es un pueblo fantasma! — volví a resoplar.

Mis amigas, sin darse por vencida, jalaron de mis brazos y me obligaron a caminar de nuevo. Media hora después, seguíamos en las mismas.

— Paso, me doy por vencida — me negué a caminar más.

— Solo un poco más — insistió Claudia.

— Joder, déjame el brazo, y no, estoy agotada.

— Hasta ahí — señaló al frente y seguí la dirección con su mirada—. .  
Es un bar.

— Es una tasca — dijo Lenca con cara de asco, la misma que seguramente tenía yo en ese momento.

— Lo que sea, lo mejor es que le enseñemos la foto a alguien y nos guíe, si no vamos a perder todos los días dando vueltas como unas gilipollas — dijo Claudia enfadada.

— Que es lo que llevamos horas haciendo — concordó Lenca, afirmando repetidamente con la cabeza—. . Entra y pregunta – miró a nuestra amiga y yo también.

— Y una mierda — dijo esta rápidamente.

— Fue idea tuya — le recordé.

— Y venimos buscando a “tu amor” — hizo el símbolo de las comillas con los dedos para resaltar las palabras— , así que entras tú.

Para eso sí que no tenía respuesta, joder... me iba a tocar. Pero quien algo quiere...

— Mejor vamos todas — dije agarrándome a sus brazos de nuevo y jalándolas conmigo. No iba a meterme en ese cuchitril sola ni loca. A saber, si me encontraba ahí con Cuasimodo o un asesino en serie. Lo de la “España profunda” no es que fuera mucho conmigo...

El bar, si es que se le puede llamar así, estaba casi desierto. Algún que otro señor mayor sentados tomándose un carajillo o lo que fuera eso y un tío detrás de la barra. Nos acercamos a él ignorando los pares de ojos que se centraron en nosotras.

— Hola — dijimos las tres a la vez.

— Hola, ¿forasteras? — dijo el hombre con su acento cerrado.

— Algo así — afirmé— . Veníamos buscando a alguien. No sé si podrá ayudarnos.

— ¿Cómo se llama?

— Denis — dije rápidamente.

— Pues no, no me suena. ¡Señores! — gritó— ¿Conocen a algún Denis? — miró a los pocos clientes que negaron rápidamente con la cabeza— Pues con eso... No, ni idea.

— Tenemos una foto de su casa. ¿Quizás con eso? — pregunté esperanzada.

— A ver — cogió unas gafas de unas 200 dioptrías... qué exageración y le acerqué el móvil para que lo mirara— Mmmm... Sí, ya sé de quién me hablan. El abogado, ¿no?

— ¡Sí! — chillamos a la vez.

— Haber empezado por ahí — resopló el hombre rodando los ojos y yo carraspeé sintiéndome idiota— La casa está justo aquí detrás. Al salir, a la derecha, giren en la siguiente esquina y un par de casas más para allá — señaló con la mano, como cualquier humano usando eso del para allá que, si no era por los gestos, no lo entendías— y la encontraréis.

— ¡Gracias! — grité emocionada y di saltitos de alegría.

— Por nada, mujer — sonrió el hombre, era todo un encanto— ¿Os puedo invitar a algo?

— ¡Que sean tres cafés! — gritamos todas a la vez, más relajadas ya por saber que íbamos a llegar a nuestro destino.

Nos los tomamos con calma, yo intentando retrasar el tiempo, pensando en qué iba a decirle cuando lo tuviera en frente.

Pero el momento no podía posponerse más, así que nos despedimos de los vecinos que estaban en el bar y del dueño y salimos. Cuando vimos la



fachada de la casa de Denis, una sensación de alegría recorrió mi cuerpo.

¿Estaría en casa? ¿Qué haría si no? ¿Y qué haría o le diría cuando lo viera?

Mis amigas no me dieron tiempo a pensar demasiado. Ambas se acercaron a la puerta y llamaron con los nudillos, corriendo después para detrás y dejándome sola. Malditas... ¡No me había dado tiempo a prepararme mentalmente!

Fui a soltar varios improperios e insultos por la boca cuando la puerta de la casa se abrió. Y lo único que salió de mi boca fue un enorme suspiro al encontrarme con el pecho desnudo de mi letrado. Madre mía, ese hombre estaba como quería...

Vi cómo su cuerpo se tensó al verme y levanté rápidamente la mirada, hasta toparme con las suyas. Estaba pálido, más que blanco y sus ojos abiertos de par en par por la sorpresa. Vaya... pues ahora sí que no sabía qué decirle. ¿A qué venía esa reacción? Ni que hubiera visto un fantasma.

— Hola — susurré e intenté sonreír.

— Aitana... ¿qué haces aquí?

— Hola, Denis. Yo... Esto, necesito hablar contigo.

— Aitana, tú y yo...

— ¿Quién es?

En ese momento, cuando escuché esa pregunta de la boca de una mujer que estaba dentro de la casa, fui yo la que se quedó pálida y con los ojos abiertos por el horror, imaginándome lo peor.

— Sandra, cariño. No es nadie, ahora voy — dijo él mirando para dentro de su hogar y yo quise que la tierra me tragase.

¿Sandra? ¿Cariño? ¿Y yo no era nadie? ¡Yo lo que era una grandísima idiota!

¿Pero qué esperaba yo? ¿Verlo y que me cogiera en brazos y me besara por haber ido a buscarlo? ¡Más que idiota! Y él...

— ¿Sandra? — pregunté con un hilo de voz, notando que me rompía por dentro.

— Aitana...

— No — negué— . Ve con ella. Yo... Lo siento, Denis — dije con las manos elevadas, en señal de rendición.

Me fui de allí corriendo y escuché cómo mis amigas me gritaban que me esperase. Pero no, yo solo quería correr lejos y olvidar lo que había acabado de vivir. Un rato después, paré, me faltaba el aire. Mis amigas me alcanzaron rápidamente. Me dejé caer en medio de la calle, las rodillas en el suelo y las lágrimas brotando de mis ojos mientras mi corazón se encogía de dolor.

— Vamos, cariño, arriba — decía Claudia.

— Estaba con ella — sorbí por la nariz— . Lo perdí — dije rota de dolor.

Se agacharon a mi lado y me abrazaron hasta que pude controlarme lo suficiente para levantarme y respirar con normalidad.

Vi cómo me miraban con tristeza y yo no podía soportar eso.

— Lo perdí — dije de nuevo, hipando.

— Lo siento — dijeron a la vez.

— La culpa es del imbécil de David, me ha vuelto a joder la vida. ¿Por qué? — pregunté con rabia.

Mis amigas no decían nada, solo dejaban que yo sacara toda la rabia fuera. Sabían que necesitaba desahogarme, soltar todo lo que llevaba dentro. Poco a poco, conseguí dejar de llorar y nos fuimos las tres agarradas de la mano hacia el hostel.

Me di un baño y me tumbé en la cama. No quise comer, ni siquiera quise hablar. Me alegraba que ellas, en momentos como ese, respetaran mi silencio. Pero estaba tan rota que no era capaz ni de pensar.

Me quedé dormida varias veces, a ratos, despertando con la imagen de Denis.

¿Por qué?

Era la única pregunta que tenía. ¿Por qué lo había perdido? Y sabía que no podía culparlo a él. Ni siquiera podía culpar al imbécil de David. Yo era la única culpable por no haber sabido reaccionar a tiempo cuando mi ex apareció para joderme la vida de nuevo. Si hubiera actuado como debía...

Pero ya ni eso importaba y, por supuesto, ya no quería permanecer más en ese lugar. Era como si me asfixiara, me faltaba el aire y todo dolía demasiado.

A la mañana siguiente y tras una noche en vela, las tres nos marchamos de allí. Lo sentía por mis amigas, era otra paliza de nuevo la vuelta, pero tenía que volver a casa. Necesitaba sentirme segura en mi hogar.

El camino de vuelta se me hizo eterno, no veía la hora de llegar. Claudia y Lenca me acompañaron hasta casa y decidieron quedarse lo que restaba de tarde y la noche conmigo, ya se irían al día siguiente si me veían mejor. Por mí estaba bien, me venía bien tenerlas cerca, aunque ni siquiera les respondiera al cómo estaba, pero la presencia de ambas cerca me daba más seguridad.

Dormimos las tres juntas en la cama de mis padres, como habíamos hecho tantas otras veces cuando éramos más jóvenes y ellos viajaban. Gracias a ellas, conseguí dormir algo, aunque no podía quitarme las vivencias de las últimas horas de la mente.

Sandra... Había vuelto con su ex. Lo había perdido, yo era la única que lo había mandado a los brazos de ella. Y ahora volvía a estar, de nuevo, sola. Y, además, sufriendo por no tener a mi lado al hombre de quien me había

enamorado.

Así era la vida de injusta...

Y así, con esa pena, tendría que seguir viviendo.



## *Capítulo 10*

Me había despertado esa mañana a la vez que mis amigas y nos habíamos tomado un café juntas. Después de repetirles hasta la saciedad que estaba bien pero que necesitaba estar sola, aceptaron marcharse con la condición de que estuviera escribiéndoles mensajes todo el día. Así que cuando se fueron, me tumbé de nuevo en el sofá, mirando a la nada y pensando en el caos que era mi vida en ese momento.

Hacía unos minutos que había cerrado los ojos cuando el timbre me despertó. Refunfuñando pensando en que eran esas dos locas pesadas de nuevo, me levanté y arrastré los pies y mi cuerpo hasta abrir la puerta.

— Hola.

— ¿Qué haces aquí, David? — pregunté resignada al verlo.

— ¿Puedo pasar? — preguntó dudoso.

Tenía que decirle que no, tenía que cerrarle la puerta en la cara, coger el

teléfono y denunciarlo a la policía. Pero no tenía fuerzas para nada, mucho menos para discutir con él.

— David, ya te dije...

— Lo sé y te pido perdón, no actué bien. Pero necesito que me escuches, Aitana. Al menos solo eso — rogó.

Cerré los ojos al ver que iba a sucumbir a su súplica. Abrí un poco más la puerta y lo dejé pasar, que se explicara y me dejara en paz de una vez.

— Tienes dos minutos — dije al cerrar la puerta y al pasar por delante de él.

— ¿Ni un café me vas a ofrecer? — bromeó y dejó de hacerlo cuando me iré a encararlo con las cejas enarcadas— Está bien, solo bromeaba. ¿Al menos puedo sentarme? — señaló el sofá.

— Claro — dije tomando asiento antes que él.

— ¿Estás bien? ¿No dormiste?

— ¿Ahora te preocupas por mí? — como si yo fuera a contarle lo que había pasado, precisamente a él.

— ¿Y bien? — insistí deseando que dijera ya lo que fuera y se marchara, no tenía ganas de verle la cara mucho tiempo.

— Estuve en la cárcel — soltó así, a bocajarro.

— Sí, y yo soy monja — dije al recuperarme y sin creerme ni una sola palabra.

— Sabía que no me creerías — suspiró.

— Joder, David, de todas las excusas que podías haberme dado, esta es la menos creíble. Mira, ya está todo olvidado, no tienes por qué preocuparte por mí, yo estoy bien — mentí—. Así que no hay nada que exculpar. ¿Te sirve eso para marcharte y dejarme en paz?

— Perdí el juicio con mi socio y me condenaron a prisión por evasión de impuestos.

— ¿Estás hablando en serio?

— Sí — afirmó mirándome a los ojos—. Tenía por seguro que lo iba a ganar, pero no sé qué pasó. La cuestión es que tuve que cumplir una mínima condena y me tuve que marchar.

— Me lo podías haber dicho, era tu pareja — estaba empezando a enfadarme de nuevo.

— ¿Para qué? ¿Para qué me vieras entre rejas?

— ¡Pero eras inocente! — David podía ser lo que fuera, pero jamás eso de lo que lo habían acusado— Yo tenía que haber estado a tu lado. ¡No tenías derecho a dejarme al margen!

— Lo que no tenía derecho era a que me vieras condenado, hundido y sin saber cómo salir de esa, Aitana, te habría destrozado.



— No más de lo que me destrozó tu marcha — dije con tristeza.

— Lo sé, cariño y lo siento — se acercó a mí y acarició mis mejillas

— . Hice lo que creí mejor para ti, nunca pensé...

— ¿Qué? ¿Lo mal que quedé?

— Nunca pensé que podía afectarte tanto.

— Te quería — le reproché.

— Y yo a ti. Como lo sigo haciendo ahora. Pero eso no me daba derecho a arrastrarte hasta el infierno conmigo. Era algo solo mío, yo no quería ver la pena y el reproche en tus ojos. Pero de todas formas lo vi — dijo con tristeza.

— ¿Cumpliste la condena? — pregunté intentando cambiar el tema. Claro que estaba triste, ¡en la cárcel! Y yo pensando que...

— Mi abogado siguió con la defensa y consiguió demostrar que yo era inocente. Así que me dejaron libre. Y vine a por ti, imaginando... No sé, que quizás no toda mi vida estaba jodida y que, al verme y saber la verdad, podrías perdonarme.

— Dios mío... Me dejaste — gemí con lágrimas en los ojos.

— Lo siento — me abrazó y yo comencé a llorar— , creí que hacía lo mejor para ti. Lo siento... — repitió.

Me quedé abrazada a él hasta que pude dejar de llorar y lo miré a los ojos.

— Nada podrá ser como antes — le dije con sinceridad, no hacía falta que nombrara a Denis, aun sin él, nada podría serlo.

— Me ha costado entender eso, pero lo hago — reconoció—. No te pido nada, Aitana, sé que no tengo derecho a pedirte una segunda oportunidad, aunque lo desee con toda mi alma. Pero sí necesito que me perdones y que, al menos, me dejes permanecer cerca de ti.

— Te perdono...

— No sabes cuánto te he echado de menos — dijo con la voz tomada.

Nos quedamos mirándonos y no retrocedí cuando acercó sus labios a los míos. Estaba dolida, sí, pero también necesitaba quitarme esa culpa que sentí meses pensando que era la culpable de que me abandonara. Saber que yo no tuve nada que ver y que no había nada malo en mí. Tal vez sentir que era verdad que aún seguía queriéndome y que lucharía por mí.

No sé exactamente por qué dejé besarme por él, vulnerabilidad quizás, pero lo hice. No lo paré, como tampoco paré cuando su beso se intensificó o sus manos comenzaron a acariciarme, despojándome de la ropa, de la suya, buscando en contacto piel con piel.

El deseo ya se había encendido en mi cuerpo tanto como en el suyo. Dejé de lado mis pensamientos, el dolor, el reproche... Dejé de lado a Denis y me centré en sentir. Deseando que David pudiera volver a conseguirlo.

Acabamos haciendo el amor allí mismo, él no dejaba de repetir mi nombre y lo mucho que me quería... ¿Yo? Yo solo me dejaba querer.

Tomé una ducha cuando acabamos y preparé café para los dos.

— ¿Puedo pasar el día contigo? — preguntó mientras nos lo tomábamos.

— No sé si eso será bueno — dije con dudas.

— No voy a atosigarte, Aitana. Pero me encantaría que me dejaras estar algunas horas contigo, volver a ser lo que fuimos.

— Nunca será lo mismo — volví a recordarle.

— Eso lo sé — dijo con pesar—. Pero podemos intentarlo.

No le respondí. Yo no podía decirle que íbamos a volver a tener algo, ni siquiera era capaz de pensar con claridad. Pero acepté a que pasara el día conmigo, quizás por mi miedo a la soledad.

Salimos a dar una vuelta y David estuvo como siempre había sido conmigo: cariñoso y bromista. Notaba cómo algunas veces no sabía si actuar con normalidad o no, pero, en general, hablamos demasiado y me contó muchas cosas de su experiencia como preso. Me dolía oírlo, saber lo mal que él también lo había pasado, peor que nadie al estar privado de la libertad. Pero era momento de dejar todo eso atrás, aunque nos hubiera cambiado la vida a ambos. Ya los reproches no servían de nada.

Por la noche, acostada con él en mi cama, Denis volvió a mi mente y me hizo

volver a sentirme mierda. ¿Pero qué podía hacer? Yo no lo estaba engañando, él había vuelto con su ex novia o lo que fuera esa mujer que tanto quiso. Él había roto cualquier posible reconciliación que pudiera haber existido entre los dos. Yo arriesgué y perdí.

Y tenía de vuelta a David.

Mis sentimientos ya no eran los mismos de antes, mis sentimientos ahora también incluían a Denis, ese hombre que había logrado encenderlos de nuevo. Pero...

Suspiré y cerré los ojos con fuerza. No podía pensar en el qué ocurrió, no quería nada más que dormir y dejar que el tiempo pusiera todo en su lugar.



## *Capítulo 11*

Desperté en los brazos de David. ¿Quién me lo iba a decir? Desayunamos juntos y luego se fue a trabajar, quedando en volver a la hora de la comida, me quedé sola en la cocina, en el fondo tenía la sensación de estar haciendo todo al revés, ahora mi cabeza estaba más en Denis que en David, que había vuelto a mi vida.

Un rato después, aparecieron mis amigas, sabían que había cenado con David, pero no que me había acostado con él y había pasado la noche conmigo, me recriminaron todo, pero lo hacían por mi bien, ellas no se tragaban nada de lo que él me había contado, solo sabían que había arruinado la historia tan bonita que había comenzado con mi abogado.

— Haz lo que quieras, pero te estás equivocando – dijo enfadada Lenca.

— Tiene razón, yo también pienso lo mismo.

— No sé, pero tenéis razón, me he dado cuenta que ya con David no siento lo mismo, es más, a quien amo de verdad es a Denis, pero tendré

que pagar el peso de las consecuencias por mis actos.

— Pero no por eso tienes que estar al lado de tu ex...

— Ya lo sé, Claudia, luego voy a hablar con David, es más lo voy a dejar. Por otro lado, me voy a poner las pilas, quiero trabajar, ocupar mi tiempo, se acabó el vaguitar, se acabó tantos pajaritos que tenía en mi cabeza.

— ¡Esa es nuestra chica! – exclamó Lenca aplaudiendo, nos abrazamos las tres.

Quedamos en vernos al día siguiente e irnos al chiringuito a pasar el día, me quedé esperando a David, que llegaría al medio día a comer y aprovecharía para dejarlo.

— Hola, preciosa – dijo David dándome un beso cuando le abría la puerta. – Vengo loco por una ducha.

Le señalé con la mano, para que fuera a hacerlo y preparé la mesa con la pasta que había preparado para comer, cuando estaba dispuesta a hablar con él, salió con una toalla alrededor de su cintura, realmente no me provocaba deseo, quería hablar con él y terminar con todo.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y no me dio tiempo a ir cuando ya había abierto él.

— ¿Qué cojones haces aquí? – escuché a David enfadado y me acerqué.

— ¡Denis! – dije alucinando.

— Nada – negó con la cabeza, incrédulo, se dio la vuelta y se marchó.

David cerró la puerta.

— ¿Ese no estaba fuera?

— David, cállate....

— ¿Que me calle? ¿Estás delirando, Aitana?

— ¡Que te calles! ¡Que te vistas y te vayas! No quiero verte más – dije enfadada, con una cara de odio que no podía con ella.

— Aitana, no me dirás que...

— ¡Que te calles! Has arruinado mi vida, vete, por favor. Te juro una cosa, si vuelves a aparecer, te denuncio por acoso, por amenazas y por todo lo que me dé la gana. No quiero estar contigo, no siento por ti lo de antes, incluso ayer en la cama me faltaba mucho por disfrutar, mi cabeza recordaba a Denis. Lo siento, pero vete...

— Eres una...

— ¡Que te vayas!

— Ésto no va a quedar así...

— ¡Vete! Vete o te juro que te doy con lo primero que pille... ¡Vete!

Se vistió rápidamente y se fue muy enfurecido, pero ya estaba bien, ya estaba hasta el mismo que dirigiera mi vida como le viniese en gana.

Denis había venido a buscarme, me quería morir, ahora sí la había terminado de liar, ahora había perdido la única y última oportunidad que me había puesto la vida por delante, me pasé todo el día llorando y lamentándome por ello.

Era una idiota, me maldije mil veces. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cómo podía haberla cagado de esa manera?

Por la mañana me fui al chiringuito, había quedado allí con mis amigas, cuando le conté todo a ellas y a Eneko, todos se echaron las manos a la cabeza. Yo lloraba desesperada, sentía impotencia, dolor, rabia, asco, de todo...

— Ve a buscarlo – dijo Eneko.

— ¿A buscarlo? Después de él comprobar que había vuelto con el causante de nuestro distanciamiento... ¡Me va a mandar a la mierda!

— ¡Inténtalo, Aitana! ¿Dónde quedaron tus cojones?

— Tiene razón Lenca – dijo Eneko, Claudia también afirmaba con la



cabeza, dándoles la razón.

— Me da miedo...

— ¿Miedo después de ir hasta Galicia? Además, el tampoco perdió el tiempo...Debes de intentarlo – Lenca no paraba de presionar para que lo hiciese.

— ¿Vas a permitir que Denis se vuelva a ir a Galicia? – preguntó Claudia.

— Tenéis razón, ya está todo perdido, no perderé mucho más por intentarlo, quiero saber para qué vino a buscarme.

— ¿Para qué cruzó España? ¡Para buscarte! ¿En serio le vas a preguntar eso? Yo de ti le pedía disculpas y le decía la verdad, que te has dado cuenta de que es el hombre de tu vida – dijo Lenca haciendo un monólogo.

— Voy a hacerlo, después de comer voy a ir a buscarlo...

— ¡Esa es nuestra amiga! – Claudia se levantó a achucharme con uno de sus abrazos de osos.

— ¿Y si no me abre? – me entristecí de pensarlo, pero como siempre, Eneko saltó como una bala.

— Pues nos llama y vamos a tirarle la puerta abajo. ¡Faltaría más! Ese

te va a escuchar sí o sí – dijo mientras nos servía unas cervezas.

— Tía, si esto sale bien, preparad una boda urgente, no es para menos – soltó Claudia.

— ¡Ya quisiera yo!

— ¡Dios! ¿Aitana aceptando casarse? Esta niña tiene fiebre, se me han puesto los pelos como escarpas – bromeó Eneko.

— Ahora mismo, lo que me pidiese hacía, como si me pidiera que le diera trillizos – comencé a llorar apenada.

— Pues sí que se nos ha enamorado la niña – dijo Lenca acariciando mi cabello, yo tenía la cara apoyada sobre la barra.

— Esto lo arreglo yo ahora mismo – Eneko cogió su móvil y marcó un número, se lo cogieron enseguida –. Hola, Denis, soy Eneko, que ayer te vi de lejos. ¿Estás aquí de nuevo? – se hizo un silencio – Claro, me pareció raro, por cierto, que te he enviado una cosa por paquetería, que te lo llevan después de comer. Me tocó un premio en un concurso, pero sabía que yo no lo podía usar, me acordé que a ti te vendría como anillo al dedo – dijo señalando su dedo, bromeando, mientras yo estaba conteniendo la respiración – No, no me des las gracias, ya me dirás si te vale. ¿Vale, guapo? – yo estaba alucinando – Pues nos vemos, un besito, pichita – colgó la llamada y nos miró – Soy un puto crack, éste te abre la puerta, así que tranquila.

Me puse las manos en la frente, no me lo podía creer, mis amigas lloraban de la risa.

— O sea, lo mejor ha sido – intentaba hablar Claudia mientras lloraba de la risa –, que le ha dicho que él no puede usar el premio y que espera que le valga. ¡Muero de amor! Este Eneko es el puto amo. Pobre Denis, ese estará esperando algo para su despacho... y va a aparecer ésta – me señaló riendo como una loca.

— ¡¡¡Y qué le digo, Señor!!!

— Pues fácil – volvió a saltar Eneko –. Cuando te abra la puerta, entras directa para adentro.

— No sé yo si es buena idea, no vaya a ser que haya otra – bromeó Lenca.

— Calla, coño – respondió Eneko para seguir con el monólogo –. Pues eso, entras directa a la cocina, te sientas en la mesa y le pides, por favor, un café.

— ¿Estás loco?

— Mira, Aitana, hazme caso, joder. Pues eso, te sientas, pides el café y directamente le sueltas que querías agradecerle que, gracias a él, has abierto los ojos, te has destapado muchas dudas, has enterrado desde hoy el pasado y no volverás a cagarla más en el futuro. Que, aunque lo hayas perdido, siempre lo llevaras en tu corazón y no olvidarás los

momentos tan bonitos que te ha dado.

— ¿Pero no tenía que convencerlo para volver? ¡No me entero de nada! – gritaba Claudia sofocada — ¿Qué va a ir... a despedirse?

— Esta no se entera de nada – irrumpió Lenca –. Es una táctica para no entrarle del tirón y que él se ponga chulo. De esta manera, él la escuchará porque no le está pidiendo volver, le está diciendo que ya no queda nada entre ella y David, que al que ama es a él, pero que viene a despedirse. Eso le puede provocar un shock a Denis, saber que lo quiere a él, pero se va, entonces no se pondrá a la defensiva. ¿Lo entiendes ahora?

— ¡Efectivamente! – dijo Eneko.

Comimos, aunque a mí no me entraba nada, estaba muy nerviosa, me tomé un café y fui hacia su casa, cuanto antes lo hiciera, mejor.



## *Capítulo 12*

Llama a la puerta, venga.

No, no puedo...

¡Dale, coño!

Todo esto yo hablando conmigo misma delante de la puerta de Denis. No era fácil, iba a seguir el consejo de Eneko, pero señor... ¿Cómo? A saber, si yo era capaz de hacer eso, que seguro que se me iba la cabeza y saltaba por los Cerros de Úbeda.

¡Pero llama!, volví a gritarme mentalmente hasta que levanté la mano y pulsé el timbre. Me santifiqué, no era religiosa ni mucho menos, pero una ayudita no vendría mal. A lo mejor iba al infierno por usar a Dios, si es que existía, pero para lo que me importaba en ese momento...

Escuché los pasos de alguien acercándose a la puerta y tuve la tentación de cerrar los ojos por si acaso me encontraba con una mujer. Pero no, quien abrió, fue él. Tan guapo... Tan atractivo... Tan todo...

— ¿Aitana? — dijo muy serio, como saludo.

— Hola, Denis. ¿Me invitas a un café? — pregunté directamente y lo rocé al meterme en su casa sin que ni siquiera me invitara.

En ese momento no sabía si era así exactamente como me había dicho Eneko que tenía que hacerlo, pero me daba igual. Yo ya estaba dentro y sentándome a la mesa de la cocina.

— Qué remedio — dijo él con ironía al entrar también en la cocina.

Se puso a preparar el café y yo cogí aire, dispuesta a soltar todo lo que tenía que decirle, intentando ceñirme al guion. No sin antes agradecerle a Dios que Denis no me hubiera echado a patadas, seguro que me estaba tratando como a otra loca más.

— Denis, vengo a despedirme — dije tras unos segundos callada. Noté cómo sus manos pararon lo que estaba haciendo y cómo cogía aire, pero hablé antes de que preguntara nada—. Cuando David me dejó, me sentí muy mal — volvió a preparar el café y que me siguiera dando la espalda me dio más fuera para seguir—. Me culpé. Era normal, ¿no? Mi novio, la persona a la que adoraba, me dejó de la noche a la mañana, desapareció de mi vida sin una nota, sin explicaciones y sin nada. Imagina eso, cómo me mierda me sentí.

— Entiendo... — dijo él con la voz tensa, cogió las tazas para servir el café.

— No, creo que, si no lo vives, no puedes entenderlo. Me sentí muy mal, me culpé aun sin saber qué había hecho mal. Me costó mucho salir de toda esa mierda de depresión que cogí, pero lo hice. Aunque teniendo claro que nunca volvería a tener nada serio con nadie. Entonces llegaste tú — se dio la vuelta con las tazas servidas en la mano y me miró—. Y me hiciste replantearme muchas cosas.

— Aitana, yo... — suspiró pesadamente y por su tono, tuve miedo de oír lo que iba a decir así que lo callé rápidamente, siguiendo con mi historia.

— Volvió la ilusión y las ganas de tener algo con alguien. Pero claro, eso solo fue el principio — dejó el café sobre la mesa y se sentó frente a mí—. Y por eso mismo hoy, vengo a darte las gracias antes de irme de tu vida.

— Las gracias... — dio un sorbo a su café y yo hice lo mismo, me temblaba todo.

— Sí, las gracias. Gracias a ti volví a confiar de nuevo o a tener una nueva ilusión, por eso te doy las gracias — se te va, Adriana, pensé, céntrate.

— Ya veo...

— Aunque no lo sepas, me ayudaste a superar la marcha de mi ex, creo que al menos necesito decirte eso.

— No es necesario.

— Para mí sí — reconocí— Y de verdad que me ilusioné contigo, pero no supe manejarlo. Cuando David apareció, todo el mundo se me vino de nuevo encima. Tenía miedo de todo y no estaba segura de nada. Hasta que fui a Galicia y ya sabemos qué pasó.

— Sí — confirmó.

— En fin... Tengo mucho que agradecerte, Denis. Y por eso vine hasta aquí.

— ¿Para decirme adiós?

— Exacto — acordé y ya me estaba poniendo nerviosa con sus monosílabos. Me parecía a mí que el plan de Eneko no estaba funcionando...

— Y para darme las gracias...

— También.

Me quedé esperando que dijera algo más pero no lo hizo, cogió de nuevo su taza y volvió a beber. Joder, ¿no estaba sirviendo el chantaje emocional de nada?

— Me has dado mucho, Denis y te mereces lo mejor. Pero lo mejor, tal vez, no soy yo — dije con las ganas de escuchar de su boca que eso no era así, que yo era lo mejor en la vida y miles de cursilerías más pero el zopenco no decía nada, solo me miraba. Denis con su complejo de abogado... — Y ya es hora de que me vaya — insistí y él seguía



igual.

Nada, ni una palabra, ni un intento por detenerme. Maldito fuera.

Me levanté de la silla en la que estaba sentada y lo miré a los ojos.

— Me enseñaste a volver a amar de nuevo, Denis. Y de una manera tan especial... Nunca creí que podría querer así, pero me di cuenta tarde. Y, aunque venga a decirte adiós, eso siempre será tuyo.

— ¿El qué? — preguntó.

— Mi amor — dije emocionada, con eso seguro que me pedía hasta matrimonio.

Pero no... ¡Seguía sin decir nada! Y yo estaba temiendo venirme abajo, llorar y suplicar. Mejor mataba a Eneko porque el plan no estaba funcionando.

— Oh....

¿Oh? ¡¿Pero qué respuesta era esa?!

— Sí, oh... dije intentando no sonar irónica— Solo necesitaba o quería que supieras eso y que te deseo toda la felicidad del mundo, la mereces.

— Gracias.

Asentí con la cabeza y me mordí el labio antes de dirigirme hacia la puerta, sintiendo cómo él me seguía y no decía nada ni hacía nada para impedir que me fuera. Y eso me estaba matando de la tristeza.

Abrí la puerta y me giré antes de marcharme.

— Adiós, Denis. Sé feliz – me miró y ni siquiera me deseó lo mismo a mí, ¡increíble! Lo había perdido del todo— . Y por si nunca te lo dije, y aunque no te sirva de nada, te quise y te quiero. Como nunca hice ni haré con nadie más.

Nos miramos unos segundos a los ojos, pero él seguía igual, serio y mudo y yo ya iba a llorar allí mismo. Así que, tras un último adiós, me fui, sabiendo que, entre nosotros, todo se había acabado.

Lloré todo el camino, berreé, sollocé y me sentí morir de dolor. Nada, no le había importado nada, ¿tan dolido estaba? ¿O es que realmente no sentía nada por mí?

Llegué al chiringuito como un alma en pena y, entre sollozos, les conté a mis amigos cómo me había ignorado, que nada había servido y que todo estaba más que acabado. Me había humillado más de la cuenta y no había servido de nada, esa era la única verdad.

— ¡No me lo puedo creer! — repetía Eneko una y otra vez mientras las chicas me abrazaban y me decían que me calmara— ¡Este tío es un idiota! Lo voy a llamar y...

— ¡No! — grité cuando lo vi coger el móvil— Jugué mis cartas y perdí, Eneko, ya no hay nada que arreglar.

— Pero debe de estar bromeando o algo le pasa — insistió éste— . No me creo que te haya dejado ir así porque sí.

— O simplemente es gilipollas — dijo Lenca.

— Eso también — resopló Eneko— . Pero algo no me cuadra.

— ¿Seguro que estaba solo? — preguntó Claudia y la miré con ganas de asesinarla.

— Pues digo yo, no escuché a nadie — pero eso no significaba que lo estuviera, claro— . Además, no importa. Si de verdad significara algo para él, si me quisiera, no me habría dejado marchar — sollocé de nuevo, el corazón me dolía.

— ¿Sabes qué? — dijo Lenca— Pues que le den por culo. Ya está bien. Fuiste y pasó de ti. Ni siquiera dijo nada, ni el mínimo intento por detenerte, ni una explicación a lo de Galicia ni a qué vino a buscarte a tu casa. Eso solo demuestra que es otro gilipolla más y que no te merece. Así que seca esas lágrimas de tus ojos y te quiero ver arriba, con ganas de vivir, ¿me entiendes? — terminó enfadada.

— Lo quiero — lloré.

— Pero él a ti parece que no — me dijo ella con pena y eso me partió el alma— Cariño, tienes que superar esto.

— Lo sé — ¿pero cuándo?, me pregunté. En ese momento estaba demasiado rota.

Sabía que lo conseguiría y que seguiría con mi vida. Con la marcha de David y todo lo que había pasado últimamente, sabía que iba a seguir adelante. ¿Pero cuándo lo superaría? Eso sí que no tenía respuesta, menos en ese momento que el dolor era demasiado grande.

Ninguno contestó, intentaron animarme, pero era inútil. Yo sabía que también lo había perdido, yo era la que había sentido ese frío en él, nadie mejor que yo lo sabía.

Me quedé toda la tarde con ellos, intentando reír, pero la tristeza me consumía. Al final me despedí y me fui a casa, a llorar en mi cama. A volver a sentirme desgraciada. Solo que esa vez, aunque me sintiera muerta, no iba a hundirme en la miseria y seguiría con todos los planes para seguir viviendo.

Eso sí, ese dolor no se me iría en la vida. Porque lo único cierto en toda esa historia era lo que le dije a Denis, nunca volvería a querer a nadie como lo quería a él.



## Capítulo 13

¿Quién carajo llama a mi puerta tan temprano? Me quejé y me levanté de la cama para ver de quién se trataba, seguro que eran mis locas amigas, pero si era David, llamaría a la policía, ni una más...

Al llegar a la puerta vi un sobre que habían echado por debajo de ella, lo cogí y lo abrí por si seguía allí alguien, pero ni rastro.

En el sobre, en grande, mi nombre, se me vinieron diez mil cosas a la cabeza, pero lo abrí para despejar mis dudas.

Una elegante tarjeta, contenía un mensaje.

***“Todos van a ver su atardecer, la música, descalzos sobre la arena, mientras toman algo en el chiringuito más famoso de toda la costa, todos los que van, sueñan con volver, allí siempre habrá alguien esperándote, hoy puede ser tu día, sigue a tu corazón.”***

Algo de esa guisa, solo lo podría haber escrito Denis, pero era un acertijo, sin duda. ¿Atardecer? ¿Música? ¿Volver? ¿Te esperan? ¿Hoy? ¿Seguir a mi corazón? Era él, sin duda, un día me dijo de llevarme a Sunset Beach, el lugar de moda para todo los extranjeros y la gente de la zona, donde el atardecer hacía moverse a cientos de personas sobre la arena, produciendo una estampa única. Además, el chiringuito era una pasada, un lugar de ensueño para tirarse y captar las mejores fotos del verano. ¡Sunset Beach! Eso era, claro. ¿Me estaba citando? ¡Sí! Al menos eso quería creer, aparecería por allí, ya no tenía

más nada que perder.

Me duché, me vestí y desayuné, luego preparé otro bikini en mi cesta de la playa y un traje blanco, para cambiarme en el chiringuito de Eneko e ir para el Sunset Beach, que estaba a 40 kilómetros de mi ciudad. Pero el día lo pasaría con mis amigos en su bar.

— Buenos días – dije con una sonrisa de oreja a oreja a mis amigos.

— ¡Estás radiante! – dijo Lenca y los demás afirmaron — ¿A qué se debe ese cambio y esa felicidad? – preguntó mientras yo sacaba la tarjeta y la dejaba sobre la mesa.

Los tres la leyeron alucinando, yo saltaba y tocaba las palmas, les descifré todo y lo entendieron de la misma forma que yo. Eneko nos puso una cerveza a cada una, brindamos por la nueva oportunidad que quizás la vida volvía a ponerme delante. Esperaba que de eso se tratara, de lo contrario, me iba a llevar un chasco impresionante.

— Aitana, te dedico esta canción – dijo Eneko tocando el equipo de música.

Entonces comenzó a sonar una preciosa canción que a mí tanto me gustaba de Camela, comenzamos a reírnos los cuatros, uno de los camareros nos miró riendo mientras negaba con la cabeza, pensaría que Eneko iba a espantar a toda la clientela con esa canción, pero nosotras nos empezamos a subir y cantar como locas.

*No me hace caso  
y yo me muero por su amor,  
sentir su cuerpo  
para calmar mi corazón,  
si pudiera ser*

*quisiera también  
traerle la luna para él,  
le demostraré  
que yo lucharé  
y sé que algún día le conseguiré.*

*Escúchame, compréndelo:  
es imposible nuestro amor  
porque entregué mi corazón  
a la mujer que quiero yo.  
Escúchame, compréndelo...*

La gente nos miraba flipando. ¿Pero y qué? Cada uno escucha lo que le da la gana y siente como quiere, este grupo marcó una parte de nuestras vidas, a nosotras nos gustaba, como también podía hacerlo muchos otros artistas.

De repente, se paró ante nosotras un chico con una rosa y un sobre, me miró.

— ¿Eres Aitana? – asentí con la cabeza. – Me han dado esto para que se lo entregue – dijo poniendo la rosa y el sobre en mis manos, yo estaba muda, ni gracias le dije.

— ¡Esto se pone interesante! – gritó Lenca, yo estaba mirándolo anonadada, era incapaz de reaccionar.

— ¡Ábrelo, coño! – dijo Eneko.

Eso hice, abrir aquel sobrecito, contenía otra tarjeta, esta vez más pequeña.

*“Entonces un día te das cuenta que todo vuelve a tener sentido”.*

— Jo, yo quiero que me digan esas cosas – dijo Lenca.

— ¿Se me está declarando o yo estoy muy susceptible? – puse cara de pena.

— Me pido ser el padrino – Eneko se había empeñado en casarme.

— Estoy alucinando. ¿Me estará observando? Mandó la rosa aquí. ¿Cómo sabía que estaría?

— Joder, Aitana, pues sabe que con lo floja que eres y la cara que tienes, estarías aquí, en mi restaurante, viviendo la buena vida por la cara – dijo descojonado de la risa.

— ¡Que te den por culo!

— Ya me dan, no te queda duda – me guiñó el ojo y me tiró un besito mientras yo negaba con la cabeza.

— Necesito otra cerveza – dije sin dejar de mirar la tarjeta.

— Necesitas otro polvo.

— Qué bruto eres, Eneko, hijo.

— Vamos, que tú no eres muy fina que digamos...

Lenca y Claudia estaban en el agua, yo en la barra mirando las dos tarjetas, me parecía tan bonitos esos mensajes, que no sabía si era mi paranoia por Denis o porque realmente lo era, esa forma de llevarme hasta él me parecía de lo más romántico.

Las horas pasaban lentas, después de comer me tiré un rato en la hamaca, no paraba de fumar, pero es que tenía los nervios metidos en el estómago.

Cuando faltaba una hora para caer el sol, me despedí de mis amigos y me fui



para cambiarme a los baños de la playa, me duché, me cambié el bikini, me puse mi traje corto blanco con unas sandalias del mismo color y me fui para el coche.

En el coche iba escuchando música y muy nerviosa, no sabía si me había creado una película que luego nada iba a tener que ver con la realidad.

Aparqué mi coche y me fui andando al chiringuito más emblemático, la música sonaba, el ambiente era perfecto, muchas personas disfrutando de uno de los lugares más bonitos de aquella zona.

Me pedí una cerveza y me volví para mirar al mar, estaba nerviosa, no sabía si ya estaba allí y me estaba observando o no había llegado aún, o lo peor, no había descifrado bien las notas y estaba allí viviendo mi peculiar película.

— Perdone, señorita, alguien dejó esto aquí para usted – dijo la camarera entregándome una preciosa bolsita de joyería.

Me puse nerviosa, ahora más que nunca, al menos sabía que había venido al lugar acertado. ¿Estaría él allí? ¿Sería para que recogiera esto? Ante la duda, abrí la bolsita, dentro una cajita y una nota, leí antes que nada el mensaje.

*“En tu dedo brillará, como tú en mi vida.”*

¿Un anillo? Me apresuré a abrir la cajita. ¡Qué pasada! Un precioso anillo tipo alianza, de oro blanco y amarillo y en medio un diamante pequeñito, lo supe por el certificado de garantía. Me lo puse en el dedo, no me lo podía creer, me miré la mano emocionada. ¿Me estaría pidiendo matrimonio? ¡Calla!, pensé, eso ya era soñar demasiado.

Al final del todo, atrás del chiringuito, en alto estaba el restaurante de lujo de Sunset Beach, donde solo los pudientes podían disfrutar de sus excelentes platos, la terraza se veía iluminada por preciosas velas, de repente pude ver cómo se asomaba allí, en lo alto, alguien, llevaba una copa en la mano, miraba al mar, era Denis, estaba haciéndose visible.

Dejé la cerveza sobre la barra, el anillo puesto en mi dedo y me dirigí hacia allí, la camarera, al verme llegar, parecía que sabía hacia dónde iba. Allí fui yo, Denis no dejó de mirar al mar en ningún momento mientras sujetaba su copa.

Me acerqué a él temblando, estaba muy nerviosa, lo rodeé por la cintura y le di un beso en la mejilla, no se volvió, solo puso en el barrote la copa y agarró mis manos, esas que le rodeaban.

— Gracias por venir... — dijo sin dejar de mirar al mar.

— Gracias por todo, Denis.

— No te irás a despedir de nuevo, ¿no? — bromeó en voz baja y luego se volvió y me agarró por la cintura.

— Nunca...

— Te quiero a mi lado siempre, te quiero para siempre, Aitana. Creo que ya tienes las cosas claras, no hace falta que recordemos nada, solo quiero estar contigo, vivir mil momentos de magia a tu lado, nunca tuve tan claro a quién quería como mujer para acompañarme el resto de mi vida.

Ahí estaba yo llorando, escuchándolo muy emocionada.

— ¿Me estas pidiendo matrimonio? – bromeé.

— Sí, no voy a esperar a que pase el tiempo, estoy seguro de lo que quiero, no me gustan las medias tintas, me quiero casar contigo, ya, en septiembre, me preguntaba si... ¿Te quieres casar conmigo? – dijo agarrando sus manos y poniéndolas sobre su pecho.

— Claro que quiero – dije ruborizada y emocionada, quitándole la copa de vino y bebiéndola de un sorbo. Luego solté una carcajada, esa era yo, a las que le entraban los ataques de risa en los momentos menos oportunos, lo bueno era que los dos nos reímos y nos fundimos en un apasionado abrazo.



## Capítulo 14

Imaginaos cuando volvieron mis padres, yo embalando cajas poco a poco y preparando todo para irme a vivir con Denis después de la boda.

— Mamá, papá, me caso – dije al verlos entrar por la puerta.

— Esta niña tan bromista como siempre – dijo mi padre mientras venía para darme un achuchón.

— No estoy de coña, me caso en septiembre... — dije mientras abrazaba a mi madre.

— Espero no me vengas con broma y que menos tenga que ver con David – dijo ella preocupada.

— ¿Ese? Es pasado, mi presente es Denis, el abogado...

— ¿Abogado? – preguntó mi padre sorprendido. – No sé quién es, pero si es abogado, ya empieza a emocionarme el tema – me guiñó el ojo.

— A ver, hija – dijo mi madre encendiendo la cafetera –. Imagino que estás de broma, pero detrás de todo esto, también seguro que hay algo de verdad.

— ¡Que sí! – le enseñé mi dedo con el anillo.

— ¿Pero en serio? ¿Tú estás segura, hija?

— Tan segura como que no dejaría de hacerlo por nada del mundo – suspiré.

— Mira, hija, no sé si es cierto – irrumpió mi padre –, pero si lo es, lo primero que quiero es conocerlo y lo segundo decirte que tu traje y todo lo que necesites, te lo pagaremos.

— Por cierto, me caso en septiembre... — dije frunciendo la ceja.

— ¿Septiembre? Si eso es en mes y poco – dijo asustada mi madre.

— Ya, pero lo vamos a celebrar en el restaurante de Eneko, vamos a ir los más íntimos, así que tampoco hace falta liar mucho, él se encargará de toda esa parte.

— ¿Dónde viviréis? – mi padre necesitaba despejar todas las dudas.

— En su casa, tiene un precioso piso frente al mar, de lujo, es un abogado de mucho prestigio – dije orgullosa de mi hombre.

En ese momento sonó el timbre de la puerta, fui corriendo a abrir, le dije a Denis que viniera. Mis padres, al verlo, se miraron sonriendo, la primera

impresión les había gustado.

Pasamos el día con mis padres, parecían que lo conocían de toda la vida, les había caído genial, además que se notaban relajados y felices, eso les haría llevar mejor la precipitada boda.

Pasamos el resto del verano de playa, comprando cosas para la boda, mi madre se emocionó cuando me vio con el vestido en la tienda, yo me sentía la mujer más afortunada del mundo.

Denis delegó todo en mí y yo en mis amigos, así que solo nos preocuparíamos de los trajes, nuestra futura casa y del viaje de novios. Él dejó todo listo en el bufete para no volver hasta octubre, quería estar de relax conmigo de luna de miel.

Los padres de mis chicos eran mayores, pero unos encantos de persona, me aceptaron como una hija más, su mamá me regaló unos preciosos pendientes de alta joyería para lucir el día de nuestra boda.

Mis amigas me tenían nerviosa, adoraban a Denis, las veíamos casi a diario en el bar de Eneko, donde nos reuníamos todos los atardeceres.

Era muy feliz, soñaba con ese día que pronto se haría realidad el mayor de mis deseos, ser la mujer de Denis.

La semana antes de la boda, hicimos una barbacoa en el chalet de los padres de Eneko, no estaban, así que era todo nuestro el fin de semana, esa era nuestra despedida de solteros, todos juntos, era lo que realmente nos apetecía.

Ese viernes noche fue uno de los que más borrachos estuvimos, comenzamos a beber como si no hubiera mañana, bromeábamos, comíamos, bailábamos, nos lo pasamos de muerte. Tenía a mi pequeña gran familia a mi lado, eso eran ellos, mi pequeña gran familia, que no eran de sangre, pero sí de corazón, esos que tu eliges para que se queden en tu vida para siempre. Eneko, Kike, Claudia, Lenca y Denis, mis grandes apoyos y el motivo de muchos de los momentos más bonitos de mi vida.







## *Capítulo 15*

— ¿Qué haces aquí? — pregunté mientras lo miraba a través del espejo.

Sus ojos vagaron por mi cuerpo y una enorme sonrisa se formó en su cara. Yo hice lo propio, me lo comía con los ojos al verlo con ese traje de chaqueta, las manos en los bolsillos y esa cara...

— Quería saber que no ibas a dejarme plantado el día de mi boda — bromeó.

Me di la vuelta con una mirada asesina, aunque todo era un paripé, no quería reírme ante su comentario.

Era el día de nuestra boda, no habíamos esperado mucho. La ceremonia iba a realizarse en la playa y lo celebraríamos, con nuestros amigos y familiares, en el chiringuito de Eneko.

Puedo decir que quizás era una de las únicas novias que no sabía con qué iba a encontrarse, ya que Eneko, Kike y las locas de Lenca y Claudia, no me

dejaron saber nada sobre el menú, la decoración ni cualquier otra cosa que tenía que decidir una novia.

Pero los dejé hacer, ellos, por mí, ya habían hecho demasiado. ¿Por qué negarles ese gusto? Además, era preferible que se mataran entre ellos sin estar yo presente y sin tener la presión de agradar a todos a la vez. Y estaba segura que todo lo que habrían preparado, sería según mis gustos y lo mejor, de eso no tenía duda.

— Quizás lo haga ahora, ¿no sabes que da mala suerte ver a la novia antes de la boda? — dije muy seria.

— Siempre puede esposarte — se encogió de hombros y se acercó a mí, con esa mirada que denotaba felicidad y... ¿deseo?

— Ah, no, ¡quédate ahí! — le advertí, capaz y me desvestía en ese momento, para matarlo.

— Solo quiero besarte — siguió acercándose hasta quedar casi pegado a mí.

— Estoy recién maquillada — me quejé.

— Pues que te maquillen de nuevo, o mejor sin maquillaje, al menos en los labios, seguiré besándote todo el día.

Y eso hizo, besarme con tanta fuerza que estaba segura de que me había dejado sin color en ellos.

— ¿Más tranquilo ya? — pregunté al separarnos.

— No lo estaré hasta tenerte esta noche en la cama, en nuestra casa y solo para mí — me guiñó el ojo.

— También te puedes quedar tranquilo si te meto en la cabeza con uno de estos.

Ambos miramos hacia la puerta cuando Eneko habló. Estaba enfadado y le mostraba a Denis sus puños. Me reí al verlo así.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó Kike al entrar tras su pareja y refiriéndose a Denis.

— ¿Qué va a hacer? Ver si la novia se casa — dijo Claudia al entrar.

— El pobre no da para más — resopló Claudia.

Ahí estaba de vuelta todo el séquito. Cuando ya habían terminado conmigo la peluquera y la maquilladora, me dejaron un rato a solas para relajarme antes de ir al altar. Momento que aprovechó Denis para entrar, claro. Y ahora los tenía a todos, cuales perros a punto de morderle.

— Ya me voy — se quejó, me estampó otro beso duro en los labios y se dirigió a la puerta.

Mis amigos seguían tapándole el paso, todo con los brazos cruzados.

— ¿Me permitís? — preguntó mi futuro marido con toda la paciencia

del mundo y sin alterarse lo más mínimo. Por algo era tan bueno en su trabajo.

Ellos comenzaron a moverse poco a poco hasta dejarle un estrecho hueco para pasar. Cuando lo hizo, Eneko lo llamó.

— ¿Denis?

— ¿Sí? — preguntó éste dándose la vuelta.

— Ahora sí me quedo tranquilo — rio tras darle con uno de los puños en la cabeza.

Todos nos reímos, este Eneko nunca cambiaría. Denis, divertido y sin tomárselo a mal, negó con la cabeza y se fue. Y a partir de ahí, todo fue un caos. De nuevo la maquilladora a retocarme, mis amigos histéricos, mi madre y la de Denis volvieron a acompañarme y las dos llorando a lágrima viva. ¿Pero qué manera era esa de tranquilizar a la novia?, pensé. ¡Si era yo quien los tranquilizaba a ellos!

Del brazo de mi padre, me dispuse a recorrer el largo pasillo creado con una alfombra roja que había entre los asientos. Me había quedado con la boca abierta al ver la decoración de todo aquello, mis amigos se lo habían currado. Flores por todos lados, el altar adornado con pétalos, las sillas forradas, engalanadas con lazos rojos. No pude observar mucho más, mis ojos se llenaron de lágrimas ante tanta belleza.

Sobre todo, cuando lo vi a él, frente a mí, con las manos agarradas y cambiando su peso de un pie a otro, nervioso.

Le sonreí para hacerle saber que todo iba bien y mi padre y yo comenzamos a caminar hasta él. Cuando cogí su mano, sentí que por fin estaba donde debía. Aunque eso solo era una ceremonia, no nos hacía falta para sentirnos uno, la sensación fue especial.

La ceremonia fue muy emotiva y no demasiado larga, lo contrario al beso que nos dimos, no queríamos separarnos.

Pero era momento de disfrutar de ese lugar donde nos habíamos conocido y donde ese día celebrábamos que nos habíamos unido en matrimonio.

Risas, baile y locura. Así definiría la celebración. Cuando llegamos a nuestra casa, reventados y agotados, aún estábamos riendo.

— Ya pasó — suspiré al sentarme en la cama, estaba deseando quitarme ese traje ya.

— ¿Feliz? — preguntó él, poniéndose de rodillas en el suelo, delante de mí.

— Feliz es poco — acaricié su cara.

— Aún queda algo — me guiñó un ojo.

— ¿Qué? — pregunté mientras lo veía levantarse y coger algo de su mesita de noche.

Volvió a ponerse de rodillas y abrió la caja. Un precioso colgante con

nuestras iniciales unidas es lo que vi.

— El día que fui a buscarte, lo hice con esto. Era mi manera de decirte cuánto te quiero. Pero bueno, quería dártelo en un momento especial.

— Oh, cariño, es precioso — suspiré cogiéndolo.

— Hoy soy yo quien te da las gracias — dijo recordando al día que yo lo hice.

— No lo hagas — negué.

— Sí, gracias por aparecer en mi vida y gracias por permitir compartir lo que me queda contigo. No hay nada que no te haya dicho ya, solo quería hacerte saber cuánto te quiero.

Agarré su cara con las manos y lo besé mientras algunas lágrimas caían por mis mejillas.

— No más de lo que yo te quiero a ti — susurré contra sus labios y volví a besarlo, sintiéndome completamente feliz.



# *Epílogo*

— ¿Estás embarazada? — preguntó Denis por enésima vez al verme salir con el Predictor, otro mes que se me retrasaba el periodo y nunca usábamos protección.

— Que no — me quejé— , y menos mal, aun no quiero.

— Pero llevamos meses casados.

— Sí, pero yo quiero. Acabo de empezar a trabajar, me gusta mi trabajo y quiero disfrutarte solo para mí. ¿O es que tú no quieres? — pregunté agobiada ya por su insistencia.

— No, cariño — se acercó a mí y cogió mi cara entre las manos— . No pienses eso nunca, nunca me aburriría de ti. Pero no voy a negarte que me haría ilusión una pequeñita...

— O un pequeñín — interrumpí.

— O un pequeñin trasteando por la casa — dijo con una enorme sonrisa y con cara de felicidad.

— Y lo habrá, te recuerdo que no ponemos medios. Solo que aún no me siento preparada, me da miedo — reconocí y torcí el gesto.

— ¿Miedo?

— Sí, es una responsabilidad grande, ¿y si no estoy a la altura?



— No digas tonterías. Lo harás bien, como todo.

— Eso lo dices tú que confías en mí, aunque aún no sé por qué.

— Tonta — rio antes de besarme—. Está bien, no quiero que te estreses con ser madre, cuando tenga que llegar, llegará.

— Y que llegue cuando me sienta preparada — resoplé.

Denis negó con la cabeza, como diciendo que, si era por eso, nunca iba a sentirlo.

Y tampoco me preocupaba, sabía que llegaría en el momento adecuado o, si no, yo haría que fuera el adecuado. Pero lo que importaba es que era feliz junto a él y cada día me levantaba ilusionada. Trabajaba, me sentía bien conmigo misma y estaba junto al hombre que más quería. ¿Qué más se le podía pedir a la vida?

En ese momento volví a mirar la prueba de embarazo y mi cara se descompuso. Tenía que estar viendo doble, no podía ser. Lo había mirado justo antes de salir del baño, el resultado no podía cambiar, ¿verdad?

No, pero quizás no esperaste los 3 minutos necesarios, dijo una voz en mi cabeza.

— Denis — gemí enseñándole las dos líneas rosas.

— Oh, Dios mío — dijo loco de felicidad.

Boqué como un pez y me senté sobre la cama, temblando. ¿Iba a ser madre? Mierda, no estaba preparada para eso. Miré a mi amor con cara de pánico antes de gritar.

— ¡Y ahora qué!